

Ricardo Vicente López

---

*Divertimento sobre  
temas de la  
Economía*

---

Reflexiones ignorantes sobre  
el saber de los especialistas

Cuadernos de reflexión:

*Los modos diferentes de un saber*

## Introducción

En economía no hay nada misterioso ni inaccesible al entendimiento del hombre de la calle. Si hay un misterio, reside él en el oculto propósito que puede perseguir el economista y que no es otro que la disimulación del interés concreto a que se sirve.

Arturo Jauretche

Las páginas que siguen relatan una historia personal que puede representar la historia de otros muchos. Es la historia de mi relación con la *economía*. Esto vale en dos sentidos: uno, mis dificultades constantes para cubrir mis gastos que nunca fueron muchos (en este sentido no me distingo de millones de personas en este mundo); dos, mi otro tipo de dificultades con la economía, la de entender qué dicen los economistas cuando intentan explicar qué está sucediendo o cuando pretenden teorizar sobre la realidad económica. A esta altura de mi vida, que no es corta, renuncié a resolver la primera y seguí a los saltos, como muchos; pero me resisto a ese tipo de renuncia con la segunda. Por ello he pensado estas notas como un divertimento.

Sin olvidar que la intención de entender los procesos económicos es una aproximación a entender *cómo funciona el mundo actual*. Una metáfora que es útil en este sentido es comparar el mundo con el cuerpo humano. Éste tiene dos niveles de posibles de análisis que la tradición médica los ha denominado: la *anatomía* y la *fisiología*. La primera es definida como: «El estudio de la estructura, situación y relaciones de las diferentes partes del cuerpo de los animales» y la segunda como: «La ciencia que tiene por objeto el estudio de las funciones de los seres orgánicos». Intentando una analogía un poco burda se ha dicho que la economía es la anatomía de la estructura social; la sociología y la ciencia política podrían ser algo parecido a la fisiología. Con estas ideas incorporadas avancemos un poco.

Volvamos a la idea de un divertimento, ¿cómo entenderlo? Según el diccionario de la Academia, se lo define como: «Una distracción momentánea de la atención; composición musical para un reducido número de instrumentos, de forma más o menos libre, generalmente entre la suite y la sonata». Rescato de aquí que, ante tanto bombardeo mediático sobre temas económicos, distraerse un poco sin apartarse de ellos no viene mal. Pero dice también que es aplicable a «Un tipo de composición instrumental estructurada para dar cabida a fragmentos diversos, de forma más libre y de menores dimensiones» y también me pareció que decía bastante de lo que se puede leer en las páginas siguientes. Podría confesar que el *divertimento* me libera de la exigencia de *seriedad académica* y me abre la posibilidad de divagar un poco.

Sobre todo en estos tiempos en que una gran cantidad de *gente de a pie* sabe de esto por la *economía informada por periodistas* que dicen que *sí saben*. Y *saben* porque leen a especialistas que, por supuesto, *también saben*, o *saben más* que ellos, que a su vez aprendieron con profesores que *saben mucho*. Yo siento y me declaro sinceramente un *ignorante*: se dice de quien «no tiene noticia de algo». Mi primer acercamiento a esta definición estaba sostenido por la convicción de que había dos clases de gente: la que sabía y la que no sabía. Esto me llevó al diccionario que dice que es *ignorante*: «Aquel que no sabe una o muchas cosas, o no tiene noticias de ellas». Por lo que yo deduzco que todos somos, un poco o mucho, *ignorantes*, pero no se puede ser *ignorante absoluto*, porque no habría vida posible en ese caso.

Y es *sabelotodo*: «Aquel que presume de entendido y docto sin serlo o sin venir a cuento». De aquí debemos deducir que tampoco cabe la posibilidad de la existencia de un *sabelotodo absoluto*, porque esta categoría está monopolizada por un Único Ser que no admite competencia, aunque algunos posan de tales. Por ello, esta es la historia de uno que se declara *ignorante* y no sabía qué hacer, ni que escribir. Puesto que no podía hacerlo con *seriedad* ha optado por plantárselo *divertidamente*. Cuando uno puede reírse de lo

que dice o escribe desarma de antemano al crítico severo. Me podrán decir: “Pero esto no es serio” y podré contestar: “Pues claro que no es serio, es divertido”. Y divertirse y hacer que se diviertan, creo, es mejor que mentir. De todo ello saqué una enseñanza: hay dos clases de gente la que *es ignorante y sabe que ignora*, y la que *es ignorante y no lo sabe*.

Una vez, hace bastante tiempo, un cura me contó que al finalizar un retiro espiritual los que se iban despidiendo de él le expresaban “lo bien que se habían sentido”, “que estaban totalmente renovados y reconfortados”, “que comenzaban una nueva vida” y cosas similares. A un costado, una señora un poco triste, se mantenía sin acercarse. El viejo sacerdote, después de despedirse del último “agradecido”, se acercó a ella y le preguntó qué le pasaba. La buena señora le dijo que ella no había sentido nada de lo que les había pasado a los demás y no sabía por qué ella era incapaz de esos sentimientos. El sacerdote sonrió y le dijo: “Señora, haga como los demás”. La angustia de la señora aumentaba y preguntó: “Pero Padre, ¿qué hacen?”. Entonces el padre le tomó una mano y le dijo: “En el camino de la fe uno puede hacer dos cosas: mentir como hace la mayoría o aceptar la dificultad y estudiar, pensar, meditar, toda la vida, sin que ello alcance para resolver totalmente el problema”. Me acordé de esa historia y me decidí por la segunda opción, a sabiendas de correr el riesgo de no llegar a entender gran cosa.

Por ello decía que esta es la historia de una dificultad que, creo, comparto con mucha gente. Mi decisión de aceptar esa dificultad y ponerme a estudiar me llevó adelante. Con la debida aclaración de que yo partí de una confesión: yo soy un *ignorante* sin grandes esperanzas de dejar de serlo. No por ello he dejado de seguir intentando, continuamente, de entender aunque más no sea un poco. Pero, en este dificultoso camino, hay cosas que debo aclarármelas a mí mismo, y de paso a quien me acompañe, respecto de, ¡nada menos!, qué es una mentira y su contrapartida: ¿qué es la verdad? Porque estas sencillas palabras esconden una variedad de posibilidades que a medida que las iba pensando no dejaban de sorprenderme.

Hay mentiras circunstanciales o pasajeras que, con el correr del tiempo, quedan al descubierto. Podríamos denominar a éstas “mentiras menores”. ¿Se podrían colocar dentro de esta categoría las que se dicen durante una campaña electoral? No estoy seguro, lo dejo para que decida Ud. amigo lector. Hay mentiras que están presentadas de modo tal que requieren el concurso de un investigador para desentrañar lo que encubren. Éstas son peligrosas para nosotros, *los de a pie*. Las hay que se enuncian mostrando una parte de la verdad, por lo cual lo que sostienen es en parte verdadero pero no totalmente. Mienten cuando extienden lo que es válido para un contexto reducido a otro más abarcador, dentro de este último sigue luciendo como verdadero lo que se ha convertido en una falacia. Por ello, en mi época de estudiante, nos decía un viejo profesor de estadística de la universidad que había tres maneras de mentir: a) ocultando o distorsionando la verdad; b) mostrando sólo una parte de ella; o c) estadísticamente.

Dejando de lado algunas variedades menores enfrentemos la más difícil de todas: la mentira dicha *académicamente*. Espero no haberlo sorprendido demasiado. Esta se caracteriza por su *valor de verdad*, válida casi exclusivamente para un ámbito cerrado donde las eminencias se retroalimentan con sus “investigaciones”. Estas mentiras se presentan avaladas por una carga “metodológica” muy seria e importante que impone respeto, a los que respetan esos cánones. (Se parecen, en cierto modo, a las verdades internas de una secta). Aunque, dentro del reducido mundo de su nacimiento y desarrollo, pueden tener alguna validez no es allí donde radica su peligrosidad. Cuando saltan los muros de las academias y caen en manos de los “divulgadores” (se dice de los que divulgan noticias entre la muchedumbre, pobre vulgo, qué culpa tiene) se convierte en un arma peligrosísima que hace mella en la conciencia de los ingenuos y de los incautos. De estos hay en todas partes, inclusive dentro de las mismas academias: adoran a sus sacerdotes con una fe digna de mejor causa.

Por encima de estos creadores y divulgadores de la mentira están las grandes mentiras seculares que son seguidas y aceptadas por estos. Estas se sostienen dogmáticamente, aunque nada haga sospechar que así sea. Un viejo sabio del siglo XIX dijo: «Las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante», siendo así esas ideas responden a los intereses de un sector de la sociedad, los que tienen el poder, pero no al de toda la sociedad. Cuando esas ideas se presentan con ropaje científico ocultan a quienes están debajo de sus disfraces. Es entonces cuando se convierten en mentiras compartidas y hechas públicas por los interesados, que repiten dócilmente los tontos y/o los mercenarios.

Debo dejar aclarado que todas estas últimas reflexiones son sólo para uso privado mío, que no deben ser tomadas como condición de lectura de las páginas que siguen. Por eso dejé escrito que “hay cosas que debo aclarármelas a mí mismo”, porque de ello depende la claridad interior con que pueda avanzar en este relato.

\*\*\*\*\*

### *Las reflexiones de un ignorante*

El peor analfabeto, es el analfabeto político. No oye, no habla, no participa de los acontecimientos políticos. No sabe que el costo de la vida, el precio del poroto, del pan, de la carne, del vestido, del zapato y de los remedios, dependen de decisiones políticas. Es tan burro que se enorgullece y ensancha el pecho diciendo que odia la política. No sabe que de su ignorancia política nace la prostituta, el niño abandonado y el peor de todos los bandidos: el político corrupto, mequetrefe y lacayo del gran capital.

Bertolt Brecht (dramaturgo y poeta alemán – 1898-1956)

### *La opción por la ignorancia*

La ciencia que se hizo cargo de estudiar los fenómenos económicos se fue convirtiendo, con el paso del tiempo en estos dos últimos siglos, en un problema semejante al de la física cuántica. Uno intenta leer y comprender pero es una tarea penosísima. En algún momento se me ocurrió estudiar economía para tener una visión más clara de esta fundamental problemática. Pero desistí, tal vez por incapacidad, por falta de voluntad, etc., pero yo me dije que lo hice por “salud espiritual”. Aunque esa respuesta no haya sido muy clara, ni para mí, la acepté como buena. Entonces, me declaré *ignorante*, por las ventajas que otorga poder preguntar todo, aún lo más trivial y obvio, debiendo soportar la *mirada de suficiencia* de los especialistas. Ellos, con un lenguaje cargado de anglicismos, pueden responder con una certeza que apabulla.

Como la ignorancia otorga impunidad permite volver los intrincados problemas a su status más simple, al nivel de la *discusión de la feria*. Todos sabemos que siempre estamos en riesgo de enfrentar un *proceso inflacionario*, dado que así lo dicen los medios. Según entiendo, esto se puede definir como un aumento de precios de los bienes que el *ciudadano de a pie* compra cotidianamente. Digo esto porque la propiedad inmobiliaria ha aumentado significativamente en los últimos años pero nunca apareció en los grandes titulares con caracteres de catástrofe, sin embargo el tomate si logró ese notable triunfo.

Ahora bien, por qué aumentan los precios. La pregunta nos remitiría, a nosotros los *ignorantes*, a saber quiénes fijan los precios, es decir a los grandes productores o distribuidores. Por lo tanto, si algunos de los actores del mercado no deberían quejarse éstos serían los empresarios de esos rubros. Sin embargo, si leemos o escuchamos sus declaraciones (hechas por ellos o por los economistas que hablan en su nombre)

nos enteramos de las preocupaciones que ellos tienen sobre este problema. Preocupaciones que les presentan a todos los políticos que se reúnen con ellos. Éstos, como están siempre en campaña, repiten esas preocupaciones textualmente. Lo insólito es que algunos funcionarios oficiales se dejan arrastrar por esta corriente y hablan desde los mismos problemas.

Por lo que todo el tema de los empresarios gira alrededor del aumento de costos de su producción, lo cual los *obliga* a aumentar sus precios. El sentido común, arma a la que apela la ignorancia, diría que entonces ellos están dispuestos a reconocer que esos aumentos deben ser trasladados a los salarios. Pido perdón, una vez más mi ignorancia. Esto no se puede hacer porque aumentaría la inflación, ya nos lo explicaron los *economistas serios*. Ahora bien, si el aumento de los insumos es el determinante del aumento de precios, la energía y demás servicios, en caso de aumentar agravarían la situación. Nuevamente la ignorancia mía. No puedo explicarme cómo los empresarios y sus asesores aconsejan el aumento de las tarifas de los servicios públicos.

\*\*\*\*\*

### *Mi insistencia en la ignorancia*

Para continuar con mi confesión, que es parte de mi confusión, lo que no habla bien de mí, debo seguir afirmando que hablo de lo que no sé. Esta afirmación, en sí misma infamante, me desprestigia pero al mismo tiempo me libera de tener que decir *cosas inteligentes*. La confesión me coloca en un estado de *impunidad intelectual*. Y como de economía estamos hablando voy a aprovechar un privilegio muy común en ciertos estratos de nuestra sociedad: los *inimputables* (pero que no logran calidad de inimputables). Habiendo asumido esta condición puedo seguir avanzando con tranquilidad de conciencia, la misma tranquilidad que exhiben aquellos que no han ahorrado esfuerzos en hacer las peores trapisondas, sobre todo con la economía.

Bien, como dijo Clinton: “Se trata de economía, estúpido”<sup>1</sup>. Pero como pretendo estar atento a lo que dicen los especialistas y sus asesorados debiera modificar ligeramente la frase clintoniana: “Se trata de economía, hipócritas”. Y si me atrevo a hacer esta acusación pública es porque me baso en lo que dice el economista Alfredo Zaiat: «La hipocresía del discurso del poder económico es uno de sus rasgos característicos, pero en Argentina asume una particularidad que no deja de llamar la atención. Con la cuestión de los precios se parece al zorro que está cómodo en medio del gallinero pidiendo protección para la granja mientras se va comiendo a los pollitos»<sup>2</sup>.

Esto viene a cuento por el debate acerca de la supuesta explosión inflacionaria que recurrentemente se produce en nuestro país y que tan *preocupados* tiene a nuestros dirigentes. Partiendo de lo que leí alguna vez en un manualito de economía, cuando estaba intentado entender algo de esta materia, *la ley de la oferta y la demanda* es la reina del mercado. Bajo su imperio el precio es inversamente proporcional a la oferta o, dicho de otro modo, es directamente proporcional a la demanda. Por lo que podemos concluir que hay dos modos de resolver el aumento de precios: se aumenta la oferta o se achica la demanda. La primera condición depende de los productores, producir más, la segunda (¡qué casualidad!) también de ellos, puesto que si congelan los aumentos de sueldos baja la capacidad adquisitiva y disminuye la demanda.

---

<sup>1</sup> Fue una frase que utilizó Bill Clinton en 1992 contra George H. W. Bush (padre), durante la campaña electoral, que fue parte del éxito que lo llevó a convertirse en presidente de los Estados Unidos.

<sup>2</sup> Página 12, 21-10-07.

Ya estoy oyendo a algún especialista que está diciendo ¡qué bruto! Debo recordarle que ya me declaré componente de esa categoría de gente, y es precisamente esa condición la que me permite estar diciendo *barbaridades*, ya que sólo un bárbaro puede ser tan ignorante. Bárbaro es todo aquel que está fuera del ambiente de los cultos, es decir los especialistas. Pues bien desde esa situación pregunto: ¿aumentar la producción exige mayor inversión? ¿se puede acusar a los consumidores de no invertir más?, entonces ¿quiénes deben invertir, los mismos que se quejan de que no hay inversión? Si no son los productores/inversores los que lo deben hacer no puedo explicarme cómo se sale de este problema.

Aparecen, ahora, las razones de las dificultades para invertir: la inseguridad jurídica, la desconfianza en las reglas que no son estables, la presión de los costos, etc. De todo ello saco como conclusión, y los lectores perdonarán la *barbaridad*, que los compradores extranjeros de las grandes empresas, que siguen llevándose las estrellas productivas de nuestra industria, son más brutos que yo en materia económica: no se dan cuenta del *pésimo negocio* que están haciendo. Esto me deja tranquilo, somos muchos los brutos ignorantes.

\*\*\*\*\*

## La soberbia y la ignorancia

Para continuar con estas líneas de reflexión voy a apelar a: *el principio de la sencillez*, que tiene una extraña proximidad con la ignorancia. Sólo el que se sabe ignorante de algo, poco o mucho, está dispuesto a escuchar, estudiar, reflexionar, y por ello puede aprender. Por el contrario, el que se sabe poseedor de la verdad, toda o de una parte, no encuentra ninguna inclinación por el aprendizaje. Nuestro Alfredo Zaiat, ya citado en otras oportunidades, sostiene: «La soberbia del saber económico convencional se enfrenta a problemas que no encuentran respuestas en las tradicionales ecuaciones... En la actual etapa del desarrollo, la ciencia económica tal como se la difunde ha llegado a la frontera del conocimiento, síntoma que se expone cada año en los premios Nobel a esa disciplina... Todo lo que tenía para dar esa ciencia ya fue entregado»<sup>3</sup>.

Lo que yo había insinuado con mucha timidez, dada mi confesión, parece ser una constante en ciertos economistas, que *parecen saber mucho* de economía, salvo que la disciplina está va en vías de agotarse tal como se presenta en sus saberes. Saben todo, o casi, menos el corto alcance que tiene ese saber. Por eso nos explica Zaiat: «Mientras tanto, la dinámica del sistema capitalista, ya extendido a todo el planeta, va presentando desafíos, nuevas situaciones, que la mayoría de los economistas hoy no dan cuenta de ellos enfrascados en sus viejos debates». Creo que hemos llegado al momento de la “iluminación”. Esos “viejos debates” están refiriéndose a los manuales que se regodean del saber de Adam Smith<sup>4</sup> (1723-1790), quien pensó y escribió hace más de dos siglos, partiendo de la observación y el estudio del mercado inglés. Su famoso libro *La Riqueza de las naciones* tiene nada más que 231 años. Me dirán que mucho avanzó la teoría económica desde entonces, pero creo que nunca abandonó las *verdades* de su origen.

Tal vez, esto lo lleva a decir a Zaiat: «el impresionante avance de la tecnología aplicada a la producción y el proceso de globalización de la economía mundial ha desencadenado un fenómeno de transformación de las estructuras productivas acerca del cual se sabe relativamente poco. Por lo pronto, los economistas dan constancia de que ese proceso está sucediendo, pero en general no ofrecen elementos muy convincentes de por qué ocurrió de esa manera». Posiblemente, y esto lo digo yo, una ciencia que nació dentro del marco del capitalismo moderno no está en condiciones de revisar el *supuesto* sobre el que está parada: la existencia de la sociedad capitalista como condición de su razón de ser. El horizonte de su aparición posibilita un conocimiento, pero acotado a esa época y lugar, al mismo tiempo, delimita el ámbito de su posibilidad de comprensión más allá de él.

Como toda reflexión sobre la actividad humana, es siempre un saber de la ya acontecido. Se le puede aplicar lo que Georg Wilhelm Friedrich Hegel<sup>5</sup> (1770-1831) decía de la filosofía que era «como el ave de Minerva<sup>6</sup> que remonta su vuelo al atardecer», es decir puede hablar de lo que ya pasó pero nunca está en capacidad de dar cuenta de las nuevas situaciones. Si esta ciencia estuviera en condiciones de conocer el futuro los miembros de la cofradía de los economistas serían todos millonarios. Sin embargo, sólo pueden

---

<sup>3</sup> Página 12 – 28-10-07.

<sup>4</sup> Fue un economista y filósofo escocés, uno de los mayores exponentes de la economía clásica.

<sup>5</sup> Filósofo alemán considerado por la Historia Clásica de la Filosofía como el representante más importante del movimiento decimonónico del idealismo filosófico.

<sup>6</sup> El ave de Minerva no emprende el vuelo hasta que oscurece, lo que se interpreta como que una época de la historia no se entiende hasta su final, de manera que la filosofía sólo alcanza el entendimiento de los fenómenos después de haberse producido éstos.

acertar las carreras del domingo con el diario del lunes. Lo que estamos viendo es que leen periódicos de más de un siglo atrás.

\*\*\*\*\*

## *Ventajas de la ignorancia*

He estado dándole vueltas al problema de la economía por razones que están lejos de ser inquietudes académicas. Como ya se ha dicho algunas veces, Argentina es una excepción a las reglas de la economía. Varias décadas atrás nada menos que el Nobel 1970 de economía Paul Samuelson<sup>7</sup> (1915-2009) escribía en su famoso manual que: «En el mundo hay 4 tipos de países: los desarrollados, los no desarrollados, Japón y Argentina». Estas categorías podían definir con claridad a *los desarrollados* y a *los no desarrollados*, de los otros dos no se podía decir nada serio. Por ello, el nuestro quedaba fuera de encuadramiento. El tema es saber si esto es bueno o es malo. Como los economistas tienden a resolver todo metiendo cada caso en una de las categorías, se parecen a los médicos con las enfermedades. Creen resolver de este modo cualquier dificultad que pueda presentárseles. Cuando la realidad no se aviene a tal metodología, pues “peor para ella”, algo está mal en la realidad. Equivale a decir que el manual es el “cristal” a través del cual se estudia la realidad.

Pero, he aquí la “madre” del problema: *la realidad social se presenta con particularidades culturales, políticas, económicas, propias de cada pueblo (perdón por el arcaísmo) que se impone como una verdad irreductible a la abstracción teórica simplista*. No es la realidad la que se debe adaptar al concepto, sino todo lo contrario. Esto me lleva a afirmar la mayor de las “herejías” científicas: es necesario desarrollar *ciencias nacionales*, es decir que partan de la realidad única e irrepetible que es cada pueblo y, a partir de allí, intentar llegar a conclusiones generales.

Me tranquiliza el saber que una brillante economista inglesa Joan Robinson<sup>8</sup> (1903-1983) se preguntaba «si lo que la economía estudia y afirma sirve para otra sociedad que no sea la de los países altamente desarrollados». Es decir que ella pensaba que lo que servía a su país podía no ser útil para otro. La economía que se estudia en nuestras universidades está hecha “a imagen y semejanza” de los centros imperiales. ¿Es demasiada agudeza suponer que, por lo tanto, deben estar al servicio de sus intereses, consciente o inconscientemente? Puedo decir esto porque también expresó, en otra oportunidad, que la economía «ha sido siempre, en parte, vehículo para la ideología dominante en cada período». El pecado de pretender ser ciencia, como lo es su modelo paradigmático, la física newtoniana, la empuja a pensar en términos de un universalismo abstracto. A ello se le suma poder ser así un instrumento de dominación económica.

Afortunadamente, la historia no es estudiada en esos mismo términos, de haber sido así tendríamos sólo una historia universal que se repetiría como un calco en todos los pueblos. Como esto sería demasiado evidente no se ha operado así, aunque esto no impide que la historia también esté contada desde la mirada de los centros del poder, es decir, los vencedores. La “liberación”, mentada en el marco de la cultura occidental desde el Génesis hasta nuestra versión amerindia, no debería dejar de lado la “liberación

---

<sup>7</sup> Fue un economista estadounidense de la escuela neoclásica.

<sup>8</sup> Fue una economista inglesa, participante del círculo de John Maynard Keynes en la década de los treinta y cuarenta. En las décadas siguientes, tras la muerte de Keynes, Robinson formó parte de la denominada escuela postkeynesiana de Cambridge, Inglaterra.



científica e ideológica”, que debería producirse en la cabeza de muchos de nuestros intelectuales, investigadores y científicos.

Sólo desde la ignorancia del saber “dominante”, respetando aquel comienzo de la sabiduría: “sólo sé que nada sé”, es decir el principio de la sencillez, creo que es posible retomar el camino de un pensar liberador.

\*\*\*\*\*

## *La ignorancia preguntona*

Después de haber pensado que tipo de lectura me sería útil para comenzar a entender un poco de economía, habiendo comprobado que los especialistas de hoy hablan en una jergonza incomprensible, pregunté a mi viejo profesor. Este hombre, con una sonrisa bonachona ante la confesión de mis cuitas, me recomendó una perogrullada: *comience por el principio*. Debo confesar que, con no poca vergüenza, me vi obligado a volver a preguntar: *cuál es el principio*. Entonces se levantó, fue a su biblioteca y me entregó un grueso volumen cuyo título rezaba *Una investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, escrito en 1776 por Adam Smith.

No podía salir de mi sorpresa por lo grande y por lo antiguo del libro, pero una vez planteada mi situación y habiendo encontrado una sabia respuesta no podía retroceder. Así que me dediqué un tiempo a su lectura. Por ello quiero compartir lo que fui comprendiendo. Debo decir que aprendí que este señor no fue un economista, tal como se entiende esto hoy, era un escocés profesor de filosofía moral y fue rector de la Universidad de Glasgow, Escocia. Por lo tanto sus preocupaciones intelectuales fueron de orden moral. Pero, siendo testigo directo de los cambios que estaba produciendo la Revolución industrial en su país, comenzó a estudiar economía leyendo a las figuras más representativas de su época. El resultado de estos estudios quedó plasmado en el libro que estoy leyendo. Debo decir que aprendí además que antes había escrito *La teoría de los sentimientos morales* donde sostiene la necesidad de la «simpatía» entre los ciudadanos para el buen funcionamiento de la sociedad.

La Revolución industrial despertó su admiración por los avances que produjo como proceso civilizatorio que camina hacia la «armonía universal», que incluía el «cosmos y sus leyes naturales» además de las leyes que rigen la naturaleza humana y la sociedad a través de «la mano invisible». Esta mano, que era una metáfora de las leyes de la Providencia, gobernaba las acciones de los hombres sin que éstos lo percibieran, dado que sus designios escapan al conocimiento humano. El mundo de lo cotidiano que es un «mundo armónico», se presenta ante los hombres como un mundo aparentemente caótico. Sin embargo, está ordenado por la «mano invisible», es decir Dios. Este Dios actúa en «el tribunal interno» de nuestra conciencia con reglas de moralidad que permiten «sujetar la fuerza de la pasión». Y en especial «el amor propio», no el egoísmo como se ha interpretado con demasiada facilidad, despertando el sentido del deber en los hombres.

La moral que rige los actos de los hombres se manifiesta como reglas generales «del sentido del deber y de las virtudes, que ordenan las pasiones morales positivamente y las restantes negativamente, restringiéndolas hacia la concordancia con el movimiento uniforme y armonioso del sistema». Así veía Smith al sistema del capitalismo industrial naciente. Para que este sistema funcione correctamente debe sustentarse en «la división del trabajo, la propiedad y el cumplimiento de los contratos, que por ello mismo hay que garantizar por medio de la institución mercado, bajo el ejercicio del poder del Estado».

Por ello las reglas generales de la ética, que había estudiado primero, se transforman después en las leyes del mercado, o de la economía capitalista. De allí se deriva la necesidad de la «división del trabajo» por la cual cada ciudadano se ocupará de producir lo que mejor sepa hacer y que le garantice la mayor utilidad, acompañado por la necesidad de «fijar la propiedad» (unos son propietarios del dinero y otros lo son de la capacidad de trabajar). Así los poseedores de dichos productos diferentes pueden cambiar lo que producen por lo que necesitan. La ética, que ahora es mirada como regla desde el mercado, obliga al cumplimiento del deber que se desprende de la «división del trabajo», cada uno debe hacer bien lo que le corresponde, puesto que de no hacerlo no se dispondría de buenos bienes para el intercambio.

\*\*\*\*\*

## *La ignorancia sobre el mercado*

Como seguí leyendo a Smith, pero con las dudas de haber comprendido mal, recurrí a mi viejo profesor para preguntarle sobre el *famoso egoísmo* que asegura el buen funcionamiento del mercado. Puesto que yo había entendido que el autor, como moralista cristiano, había postulado la simpatía entre los hombres, lo cual los llevaba al cumplimiento del deber de producir lo mejor que pudieran para satisfacer las necesidades de los demás. El profesor me aclaró: «Él no sostiene que el origen del intercambio sea el egoísmo, ni rechaza la benevolencia como sentimiento moral que motiva el intercambio. Indica que las relaciones de mercado, además de esos sentimientos de benevolencia, debe saber manejarse el amor a sí, el interés de la “conservación de sí mismo”, que se entendió como *egoísmo*, porque este interés mueve con mayor fuerza el mercado».

Y me leyó una cita de Smith: «Como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera *necesaria* en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, consciente o explícitamente, por lo general, promover el interés público, ni *sabe* hasta qué punto lo promueve. Pero... es conducido por la *mano invisible* a promover un fin que *no estaba en sus intenciones*. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin *no entre a formar parte de sus propósitos*, pues al seguir su propio interés promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios».

Y agregó el profesor: «Para Smith el conocimiento de cómo funciona la totalidad del mercado es imposible, no está al alcance humano». Me llamó la atención en lo que dice: «El propietario del capital industrial no debe angustiarse de *no conocer* el funcionamiento *total* del mercado. Ese conocimiento es *imposible* y además innecesario. El mercado funciona con “armonía” llevado por la providencia como si compusiera un reloj la mano experta de un relojero. Hay que hacer con conciencia moral responsable lo que toca obrar como deber, en la especialidad de la que pueda tener conocimiento, respetando el derecho a la propiedad del capitalista y el contrato de trabajo, lo demás funciona automáticamente. Este automatismo produce un resultado armónico: *el bien para todos*». Por ello, para Smith: «El gobernante que *intentase dirigir* a los particulares respecto de la forma de emplear sus respectivos capitales, tomaría a su cargo una empresa *imposible*, y se arrojaría *una autoridad* que no puede confiarse a una sola persona, ni a un senado o consejo».

Comprendí que Smith transmitía, como buen cristiano puritano<sup>9</sup>, una fe incommovible en el cumplimiento de las leyes del mercado, la famosa ley de la oferta y la demanda, puesto que estaban gobernadas por la mano de la Providencia. Esta «mano invisible» garantizaba la «armonía del mercado» cuyo resultado aportaba a la felicidad de todos los ciudadanos. Me quedé pensando en los resultados de ese *mercado libre* en nuestros días y una duda me recorrió desde los pies a la cabeza: ¿qué había pasado con la «armonía» para que hoy haya tantos pobres. Pero comprendí la fatiga de mi viejo profesor y decidí volver otro día.

\*\*\*\*\*

## *Las dudas de mi ignorancia*

Yo me sentía seducido por el desarrollo del tema tal como lo exponía Smith, me sonaba a cierta música celestial. Todos los hombres cumplían con su deber, hacían lo mejor que podían y ponían lo mejor de sí para satisfacer del mejor modo posible las necesidades de los demás. Si bien esto no impedía que cada cual velara por su interés personal, al contrario ello era necesario para un mejor funcionamiento del mercado, dado que así todos saldrían satisfechos con la conciencia del deber cumplido y con el bolsillo lleno con sus ganancias. Nadie salía disconforme ni daba lugar a conflictos. “Todos eran felices”, me sonaba a final de cuento infantil.

Volví a encontrarme con mi viejo profesor y le manifesté mis dudas. Le pregunté si en la Inglaterra del siglo XVIII no había gente mala que pudiera dar lugar a disturbios o a pretender quedarse con lo que no era de ellos. Me tranquilizó afirmando: «Hombres así ha habido en todas partes, por lo menos desde que hay historia escrita. Por tal razón, si bien Smith apela a la conciencia moral de los hombres postula también la necesidad de la presencia del Estado, y a su fuerza policial para recomponer el orden allí donde fuera alterado, vea como lo dice: “Si un soberano se ve sostenido, no sólo por la aristocracia del país, sino por un *ejército permanente* y bien disciplinado, las protestas más anárquicas, infundadas y violentas no le causan la menor inquietud. Puede tranquilamente despreciarlas o perdonarlas”».

Me aclaró: «Si bien ningún funcionario debe inmiscuirse en el libre funcionamiento del mercado, como ya le leí el otro día, esto no significa que todo el sistema productivo y de cambio en el mercado no esté protegido por la fuerza del Estado. Éste es el que debe velar, como dice Smith, por el cumplimiento de los contratos, sobre todo el que se realiza entre el trabajador y el capitalista, y por la protección de la propiedad privada, sin la cual no hay mercado capitalista».

Partiendo de lo que sucede hoy en las relaciones laborales, entre el que compra la mano de obra y el trabajador, y dadas las disparidades de fuerza y poder entre uno y otro, me atreví a plantearle otra duda. Dije que lo que yo observaba era que los fuertes se aprovechan de los débiles en la fijación del precio de la mano de obra, y que el Estado no interviene, o lo hace poco, en esos contratos que, por regla general, benefician al contratante.

Me contestó el profesor: «El tema de las necesidades de los trabajadores lo trata como un problema al final de su estudio, no es para él un tema relevante. Smith sostiene que debe pagarse respetando un límite “lo necesario para el propio sustento”. Pero esto lo soluciona remitiendo el tema a la «armonía del mercado». Sin embargo Smith no ignora que “en ciertos lugares mueren los niños antes de la edad de

---

<sup>9</sup> El dogma central del puritanismo era la autoridad suprema de Dios sobre los asuntos humanos. Para algunos, tal autoridad se expresaba hasta el grado de la predestinación enseñada por Juan Calvino (1509-1564).

cuatro años, esta gran mortalidad se advierte generalmente entre los niños de las clases bajas, en las cuales la mortalidad es todavía mayor”. Sin embargo, estos problemas, lo que podríamos denominar *los resultados no armoniosos*, no pueden ser solucionados por el hombre porque superan el conocimiento humano sobre la totalidad del mecanismo y su saber es finito. La “mano invisible” se encargará de ello».

Ya había comprendido que hasta donde llegaba Adam Smith, no alcanzaba en mi búsqueda de respuestas, por lo que debería seguir estudiando.

## *La sorpresa de mi ignorancia*

Estaba leyendo a Smith, y hasta entusiasmándome con sus reflexiones, cuando el viejo profesor me habla de un filósofo alemán, un tal Johann G. Fichte<sup>10</sup> (1762-1814), que no estaba de acuerdo con las afirmaciones de su contemporáneo escocés. Y sus razones eran de tal sencillez que me sorprendieron por la claridad y la oportunidad con que las enunciaba. ¿Qué decía?, pues sencillamente lo contrario. Su punto de partida se apoyaba en la observación de lo que sucedía en su Alemania. La Revolución industrial inglesa, que invadió el mundo a su alcance con su producción, desató una crisis profunda en aquellos países que venían retrasados en ese proceso. La mercancía industrializada por la maquinaria salía al mercado a un precio inferior respecto de la que todavía era realizada con mucha mano de obra artesanal. Para protegerse de tal desventaja advierte sobre la necesidad de cerrar las fronteras de los países menos desarrollados para proteger así al mercado interno.

Esto implicaba una crítica al *mercantilismo* y al *libre cambio del mercado*. Reservaba para el Estado el monopolio del comercio exterior, para no distorsionar el mercado interno. Esa intervención, realizada con toda racionalidad por parte del Estado, debe intervenir en el control de las importaciones y de las exportaciones. Sostenía: «El fin de toda actividad humana es poder vivir, y a esta posibilidad de vivir tienen el mismo derecho todos aquellos a los que la naturaleza trajo a la vida. Por eso hay que hacer la división de la propiedad ante todo de tal manera que *todos dispongan de los medios suficientes para subsistir*». El primer deber del Estado es garantizar la equidad asegurando a todos la posibilidad de trabajar para cubrir sus necesidades. Por lo tanto no se debía creer tan ingenuamente en la «mano invisible».

Por ello, contra algunas ideas liberales dominantes en su época que defendían un orden jurídico que garantizara la propiedad privada, él dice: «El Estado *racional* no exige solamente un “orden jurídico” sino igualmente un “orden económico”. El Estado está obligado a asegurar, por la ley y la coacción, a todos los ciudadanos la situación que resulta de este equilibrio de los intercambios. Pero no lo puede conseguir si alguna persona que no esté sometida a su ley y a su dominio influye sobre este equilibrio. Por eso debe eliminar completamente la posibilidad de semejante influencia. Debe hacer imposible y prohibir todo intercambio con los extranjeros».

Está respondiendo al reclamo de los países desarrollados de abrir el comercio. Su oposición radica en que esa apertura destruye el mercado interno y esto debe ser un objetivo político fundamental. Está convencido que la libre apertura del mercado no traerá más que perjuicio a los habitantes de los países menos desarrollados. Es necesaria una acción firme y duradera de parte de un Estado fuerte que impida una competencia desleal. Puesto que de eso se trata: *no aceptar la libertad que deja al más débil en inferioridad de condiciones respecto del más fuerte*. Para aquella época, como también para hoy entre

---

<sup>10</sup> Filósofo alemán. Profesor en la Universidad de Jena hasta 1794, una acusación de ateísmo lo obligó a trasladarse a Berlín, de cuya universidad fue primero docente y más tarde rector.

nosotros, los más fuertes están afuera y los más débiles dentro de los países que no han alcanzado un grado de industrialización competitivo. Parece sencillo y en realidad lo es. Pero los especialistas nos lo pintan muy difícil.

\*\*\*\*\*

## *La ignorancia sobre la Nación - I*

Después de haberme repuesto de mi sorpresa inicial pude leer en Fichte el papel que le asignaba a lo que él denominaba “el Estado racional”. Éste «no se construye con disposiciones artificiosas a partir de cualquier material existente, hay más bien que formar primero y educar a la nación para este estado. Sólo la nación que haya resuelto la tarea de formar al hombre perfecto mediante el ejercicio real, resolverá a continuación también la tarea del estado plenamente desarrollado». Las “disposiciones artificiosas” pueden ser pensadas, tanto entonces como ahora, como la imposición de ideas, doctrinas, métodos políticos, formas institucionales ajenas a la cultura de la nación. El ideal del “hombre perfecto” debe ser entendido como un horizonte hacia donde caminar, no como un objetivo alcanzable.

Por ello dice en otra parte, argumentando desde su patria que «La nación alemana hasta ahora ha estado siempre de hecho en relación con el progreso de la especie humana en el mundo moderno. Hay que aclarar aún algo más de la observación que hemos hecho acerca del proceso natural que esta nación ha seguido a saber: en Alemania toda formación ha partido del pueblo». La importancia que le otorga a la cultura popular me lleva a pensar en la necesidad de una educación que se sostenga en valores como la de: «Los alemanes que se quedaron en la patria habían conservado las virtudes extendidas ampliamente en su tierra: lealtad, sinceridad, honradez, sencillez... Pronto se desarrollaron y florecieron en las ciudades todas las actividades de la vida culta. En ellas nacieron constituciones e instituciones ciudadanas, si bien pequeñas no obstante acertadas, a partir de las cuales se extendió por todo el país una imagen de orden y un amor hacia el pueblo».

Siguiendo esta línea de pensamiento deberíamos detenernos a pensar si la influencia, determinante hoy en las “capas cultas” de nuestra sociedad, del pensamiento económico de origen anglosajón, distante de lo alemán, no invierte el orden del planteo. Primero “desarrollar” lo económico para después estructurar la nación en torno a sus resultados. Como si este pensamiento no contuviera ya valores que sabotean la posibilidad de constituir una comunidad organizada. *El hombre que va al mercado a maximizar sus beneficios está muy lejos de preocuparse por el bienestar del conjunto, le cede esta tarea a la mano invisible.* Ese curso de acción es advertido por Fichte y por ello señala que: «Es ese período único de la historia alemana en que esta nación consigue esplendor y fama al nivel que le corresponde como pueblo originario; a medida que la codicia y ansia de poder de los príncipes va destruyendo este esplendor y pisoteando la libertad, se va hundiendo paulatinamente la totalidad y se va abocando al estado actual».

Invito al lector a traducir a términos de la historia de Argentina, o de la América toda, cambiando los personajes y la época, pero reteniendo la esencia del proceso, para comprender en parte lo que nos ha sucedido. La doctrina económica que recibimos de los clásicos, Smith, Ricardo, entre otros, se elaboró sobre la historia que escribía la Inglaterra del siglo XVIII y principio del XIX, después del impacto de la Revolución industrial. La expansión de ultramar, el dominio de los mares que resultaba al mismo tiempo el dominio de los mercados exteriores la colocaba en un plano de privilegio. Sostenida por ese proyecto de poder la doctrina económica no hacía más que legitimarlo y proyectarlo hacia el futuro. El problema no

radica en ellos sino *en la codicia de nuestros príncipes locales* que se unieron a ese proyecto de dominación. Sus nietos enseñan en nuestras universidades.

\*\*\*\*\*

## *La ignorancia sobre la Nación - II*

Avanzando en la lectura, encontré en Fichte otras semejanzas con nuestra historia, dignas de ser mencionadas. Ese “hundimiento paulatino” que él observa en aquella Alemania no es muy diferente al de nuestras últimas décadas. Alemania venía de una etapa en que la comunidad había logrado según él grandes progresos: «Para sí mismos necesitaban poco, para empresas comunes efectuaban ingentes gastos. Raras veces sobresale y se distingue aisladamente un nombre; todos mostraban el mismo sentido y entrega a la comunidad». Aun aceptando que haya una gran dosis de idealización en la descripción de ese pasado, debemos rescatar de esa historia el sentimiento colectivo de comunidad, identificada con una patria, que empujaba al emprendimiento de grandes realizaciones en pos de un destino común.

Todavía en aquella Alemania no había penetrado la idea del individualismo burgués de cuño anglosajón. Por ello Fichte exhorta al cuidado y protección del mercado interno, que no es sólo un objetivo económico, es fundamentalmente la preservación de la cultura nacional sostenida por su base de pueblo, como él defiende. Advirtiendo que: «Ciertamente entre nosotros hubo pensadores de segunda fila y faltos de originalidad que imitaron doctrinas del extranjero –mejor la del extranjero, según parece, que la de sus compatriotas- tan fácil de conseguir, pues lo primero les parecía más selecto; estos pensadores intentaron convencerse a sí mismos de ello en la medida de lo posible. Pero allí donde se movía el espíritu alemán de manera autónoma, surgió la tarea de buscar crear una filosofía propia, convirtiendo, como debía ser, el pensamiento libre en fuente de verdad independiente».

Pareciera que este filósofo alemán nos habla a través de los siglos de lo que nos ha ocurrido a nosotros. No deja de sorprender cuántas semejanzas, a pesar de la distancia en tiempo y geografía. Pensadores (¿!?) de “segunda fila” abundan por estas tierras y “faltos de originalidad” absorben extasiados doctrinas extrañas a nuestra idiosincrasia, pero muy afines con los propósitos de los “dueños del mundo”, éstos, muchas veces, quedan ocultos por su ignorancia. La importación de ideas ha sido una de las tareas más fructíferas en los medios intelectuales. Citar lo último que se escribió o dijo en cualquier lugar de los países centrales, importando muy poco la calidad de lo afirmado, da patente de persona culta y bien informada (¿o deformada?).

Podríamos parafrasear diciendo: “pero allí donde se movió el espíritu indoamericano de manera autónoma, surgió la tarea de crear la *filosofía de la liberación*, convirtiéndose en un pensamiento libre, fuente de verdad independiente”. Y diagnostica nuestro autor: «Mientras no volvamos a producir nada digno de tenerse en cuenta, entre los medios concretos y específicos para elevar al espíritu alemán, uno muy eficaz sería disponer de una historia fascinante de los alemanes de esa época que fuese libro nacional y popular... Sólo que una historia así no tendría que narrar los acontecimientos a modo de crónica, sino que tendría que meternos dentro de la vida de aquella época impresionándonos profundamente... y esto, no mediante invenciones infantiles, como tantas novelas históricas han hecho, sino mediante la verdad; de su vida deberían dejarnos entrever los hechos y acontecimientos como testimonio de la misma».

Nos está hablando de nuestra “historia oficial” y de la necesidad de reescribir la “historia de nuestra patria y la de nuestro continente”, para reencontrarnos con un pasado que nos devuelva la dignidad de ser lo que prometíamos ser. En esa senda descubriremos nuestra originalidad como pueblo que nos devolverá

nuestra identidad y nuestra autoestima. En la misma línea de Fichte, Juan Bautista Alberdi (1810-1884) profetizó, con una sagacidad intelectual que hoy no se percibe, que mientras no nos atreviéramos a formular una “filosofía americana” no seríamos capaces de llevar adelante nuestra independencia.

\*\*\*\*\*

### *La ignorancia sobre la Nación - III*

Después de haber leído a Fichte y pensado sus enseñanzas: ¿Cuál es la tarea ahora? Nuevamente surgen ante mi mirada semejanzas que siguen sorprendiéndome. Habíamos quedado en la necesidad de reconstruir una historia en la que todo el pueblo se sienta representado por un pasado común, lejos de los “heroicismos” de cartón y de las almas “inmaculadas” de los “grandes hombres”. No porque no hubiera habido esos “heroicismos”, los hubo y muchos, no porque no hubiera habido “almas sublimes” también las ha habido, tantos y tantas que no nos son comprensibles en esta época de pequeñeces y nimiedades. Sino porque el modo de exponerlas, como figuras teatrales, no ha permitido a las siguientes generaciones que los pudieran tomar como paradigmas de la educación de todo el pueblo.

Los temores que tenía Fichte, en nosotros se convirtieron en realidades patéticas. La penetración de innumerables mercancías, a partir de la década de los sesenta del siglo pasado, que incluía las “mercancías culturales”, fue modificando nuestros gustos, nuestros valores, nuestros modos de vivir. Lo nuestro podía no tener grandes valores, podían ser incomparables con el resto de las culturas. Pero eran simplemente *los nuestros*. Y podían ser modificados paulatinamente en el diálogo respetuoso con otras culturas, lo que no debería haber sucedido es *la sustitución de lo nuestro por lo extraño*. No es un problema de “chauvinismo”, es la simple defensa de nuestra identidad como pueblo. Porque en esos *modos culturales nuestros* anidaba *una personalidad* que nos *identificaba como pueblo* ante el concierto de las otras culturas. Por tal razón fuimos argentinos y deberíamos querer seguir siéndolo.

Si a esto le agregamos que, por los cambios que se produjeron en la escena internacional, a partir de la Primera Guerra, los proyectos de penetración cultural ya no estuvieron en manos de los “caballeros ingleses”. Éstos hacían todo lo peor, pero lo hacían con clase, caballerescamente, con modales de Lord, y de esa subordinación a “Su Graciosa Majestad” nos quedaba, por lo menos, algo de aquellos modales. Después fuimos invadidos por los “cowboys” que no le iban a la zaga en tropelías de todo calibre, pero les agregaban los peores modales, comer con la boca abierta, poner los pies sobre el escritorio, escupir tabaco y ser matones del suburbio del Oeste americano. Después vinieron los Homero Simpson como modelo de idiotización, aunque muchos no captan la crítica que contienen sus historias a la cultura estadounidense. Se puede comprender hasta donde ha llegado la sustitución de valores. Ya no es necesario estudiar, formarse bien y ser respetuoso. Volvamos a los consejos de Fichte.

«Cámbiese en primer lugar a esta nación la dirección falsa que ha emprendido, muéstresele en el espejo de aquellos sus sueños de juventud su verdadera tendencia y su verdadero destino hasta que, por medio de estas consideraciones, se le despliegue la fuerza para emprender con energía su destino». Y termina ese capítulo con las siguientes palabras que debemos traducir a nuestra lengua y a nuestra situación actual: «¡Ojalá esta exhortación haga que muy pronto un alemán, debidamente preparado para ello, resuelva esta tarea preliminar!». Se puede comprender cómo aquella Alemania llegó a ser esta Alemania, a pesar del nazismo y la guerra.

Creo que se podría agregar esa sentencia que Esopo colocaba al final de sus fábulas: «Cambiando lo que haya que cambiar, la fábula habla de ti».

## *El librecambio es para los poderosos*

Así como Fichte había reaccionado contra la doctrina librecambista, también lo hizo otro alemán, Friedrich List<sup>11</sup> (1789-1846) quien denuncia a Adam Smith como «un conquistador más peligroso que Napoleón». Sostenía que como Inglaterra había alcanzado el “techo” del imperio, retiraba la escalera para impedir que otros suban. Y la forma de hacerlo era ocultar su propia “historia real”. Difundía «una doctrina que adormecía a las demás naciones y pueblos con una “Teoría” (A. Smith), que nada tiene que ver con la historia real».

Afirmaba, con mucha ironía que: «Cualquier nación que por medio de impuestos proteccionistas y restricciones a la navegación ha alzado su capacidad manufacturera y su navegación a tal nivel de desarrollo que ninguna otra nación puede sostener la libre competencia con ella, no puede hacer nada más sabio que tirar estas escaleras de su grandeza, y declarar en tonos penitentes que hasta aquí ha andado por caminos errados, y ahora por primera vez ha triunfado en descubrir la verdad». Mostraba así la historia de la economía inglesa y como se la disfrazaba y ocultaba a los ojos de los demás.

Decía que: «El Poder es más importante que la riqueza. ¿Y por qué? Simplemente porque el poder nacional es una fuerza dinámica por la que se abren los nuevos recursos productivos y porque las fuerzas de producción son el árbol en el que la riqueza crece, y porque el árbol que lleva la fruta es de valor mayor que la propia fruta. El Poder tiene más importancia que la riqueza porque una nación, por medio del poder, no sólo se permite abrir nuevas fuentes productivas, sino mantenerse en posesión de la riqueza anterior y la recientemente adquirida, y porque la marcha atrás del poder — a saber, debilidad — lleva a la renuncia de todo lo que nosotros poseemos, no solo de riqueza adquirida, sino de nuestros poderes de producción, de nuestra civilización, de nuestra libertad, incluso de nuestra independencia nacional, a manos de aquéllos que nos superan en poderío».

List fue un profeta de la industrialización, pero equilibrada mediante una floreciente agricultura. La industrialización había de conseguirse con la ayuda de unas tarifas "educacionales" que protegieran a las industrias "infantes" de los países subdesarrollados. Se daba perfecta cuenta de que dicha protección conllevaría gastos, pero él los consideraba el precio necesario de la educación industrial de la nación, ya que serían ampliamente compensados por las ganancias obtenidas mediante el desarrollo de su potencial productivo. Este concepto del potencial o de los poderes productivos es como el núcleo de la economía nacional de List. Decía de los clásicos que habían hecho poco caso de ello, porque suponían que los países desarrollados ya habían conseguido lo que debía conseguirse, es decir, el pleno desarrollo de los poderes productivos de un país.

\*\*\*\*\*

## *Filósofos frente a los economistas*

Un lector muy atento de los trabajos de A. Smith, casi contemporáneo, el filósofo alemán Hegel, se introduce en el campo de la economía a partir de esas lecturas. Y, a pesar de aceptar muchas de las posiciones del escocés, tiene la agudeza de advertir los problemas que comienzan a aparecer con el

---

<sup>11</sup> Fue un destacado economista alemán del siglo XIX que desarrolló el Sistema Nacional o lo que algunos hoy llamarían el Sistema de Innovación Nacional.



desarrollo de la Revolución industrial. En un sorprendente párrafo, téngase en cuenta que fue escrito a comienzos del siglo XIX, en una época que no parecía presagiar las consecuencias que hoy estamos viviendo, afirma: «El trabajo del individuo se torna más sencillo mediante la división del trabajo y, en consecuencia, más grande la destreza en el propio trabajo abstracto... A la vez, esa abstracción de la destreza y del medio se hace completa, tornándola necesidad total *la dependencia y la relación* de intercambio de los hombres para la satisfacción de otras necesidades. Además, la abstracción del producir transforma el trabajo en cada vez más *mecánico* y por lo tanto, finalmente, apto para que el hombre sea eliminado y pueda ser introducida la máquina en su puesto».

Nos está advirtiendo que la división del trabajo, de cualquier tipo de trabajo (por eso trabajo abstracto) consigue un rendimiento cada vez mayor en la calidad de éste. Pero, por esa misma razón, el trabajo se vuelve cada vez más mecánico (Hegel no podía imaginar la aparición del robot). Como consecuencia se va aproximando a la suplantación del hombre por la máquina. Suena a profético que haya podido afirmar esto hace tanto tiempo, pero eso no dice sino que los tiempos anuncian las posibilidades futuras, pero no todos estamos en condiciones de sacar las conclusiones necesarias que ya están allí implícitas.

Este es un ejercicio que debemos comenzar a hacer y no dejar de practicarlo, nuestra obligación de ciudadanos así nos lo impone. Así como Fichte percibía los males que acarrearía el mercado libre, también Hegel advierte hacia donde se dirige el sistema industrial cuando está al servicio de la búsqueda exclusiva del lucro individual. Si bien el paso de los años, más la colonización del mundo periférico, aseguró un casi pleno empleo en los países centrales, por la exportación del desempleo, dos siglos después nos encontramos ante el cumplimiento de la profecía: la desocupación avanza, pese a los esfuerzos que se realicen por mitigar sus consecuencias.

Debo anotar entonces acá, los temas que a la economía clásica se le han escapado y que el predominio de esa corriente de pensamiento no permitió que los estudios de pensadores importantes abrieran el campo de las investigaciones. De este modo lo que se entendió por ciencia económica fue modificándose con el paso del tiempo y el desarrollo de la sociedad capitalista. Si en los clásicos se podía entender que era la ciencia que estudiaba “el problema de los recursos escasos”, tiempo después podemos leer en un famoso manual del Paul A. Samuelson, que se ha convertido en: «El estudio de como los hombres y la sociedad deciden, con o sin la utilización del dinero, emplear recursos productivos escasos, que podrían tener aplicaciones alternativas, para producir diversas mercancías a lo largo del tiempo y distribuirlas para el consumo, ahora y en el futuro, entre diversas personas y grupos de la sociedad. Ésta analiza los costos y los beneficios de la mejoría de las configuraciones de distribución de los recursos».

\*\*\*\*\*

## *Un poco de historia de la economía*

Decía antes que la especialización económica, como tantas otras especializaciones, ha obturado la posibilidad de un pensamiento abierto al contexto social e histórico dentro del cual se desarrolla la actividad económica. Este proceso se agudizó sobre fines del siglo XIX momento en el cual el peso del *cientificismo*<sup>12</sup> marcó a fuego este campo de investigación y lo convirtió en una especulación teórica subordinada a la matemática. La necesidad de recurrir a modelos para la justificación del funcionamiento del sistema capitalista desplazó toda otra posibilidad de pensar la economía. Sobre comienzos del siglo XX se superó la culpa de proponerse ganar dinero, encubriendo la tarea con difíciles fórmulas matemáticas.

La aguda economista inglesa Joan Robinson afirmaba que: «La economía ha sido siempre, en parte, un vehículo para la ideología dominante en cada período así como, en parte, un método de investigación científica». Y agrega: «La tarea del economista asumió, en una primera etapa, la necesidad de superar los sentimientos de que la búsqueda de la ganancia destruía el prestigio del hombre de negocios, en los siglos XVIII y XIX, y justificar los caminos de Mamón<sup>13</sup> para el hombre. A nadie le gusta tener mala conciencia. El cinismo puro es un tanto extraño... El trabajo del economista no es decir lo que se debe hacer, sino demostrar que lo que estamos haciendo está de acuerdo con principios adecuados... La economía no es apenas más que una rama de la Teología. Siempre se ha estado luchando para escapar a ese sentimiento y ganar el status de ciencia».

Cabe preguntarse por qué los hombres dedicados a producir y comerciar debían ocultar su sentimiento de culpa que les producía el ganar dinero. Es que el peso de la moral cristiana, sobre todo en las áreas de fuerte presencia calvinista, arrastraba viejas tradiciones que hacían del producir y el comerciar una actividad de servicio a la comunidad. La Revolución industrial, que fue la respuesta técnica a la necesidad de aumentar la producción para los mercados de ultramar, alteró los sistemas de producción como así también las normas y los hábitos sociales, modificó los valores predominantes e impuso otras reglas en las relaciones sociales. Pero ello llevó más de un siglo.

Así la “profesión de hacer dinero” comienza a adquirir carta de ciudadanía. Max Weber<sup>14</sup> (1864-1920) dice que «desapareció primeramente la comunidad familiar real como base necesaria de la asociación en el negocio colectivo», la producción artesanal realizada en el hogar es reemplazada por la que se concentra en los talleres fabriles. De aquí que el compañero obligado no va a ser ya un miembro de la familia, necesariamente. De manera tal que fue un requerimiento impostergable separar los bienes de la casa familiar de los bienes del negocio o del taller. La propiedad privada se perfila en su faceta más individualista. Dice, al respecto, Jung Mo Sung<sup>15</sup> (1957- ), doctor en Ciencias de la Religión: «No obstante, más importante que la separación espacial de la economía doméstica con respecto a la fábrica y a la tienda, fue la separación contable y jurídica de la “casa” y el “negocio”, y el desarrollo de un derecho basado en esta separación». Se empiezan a crear las condiciones de una economía que puede ser estudiada científicamente.

---

<sup>12</sup> El término se ha aplicado para suponer la supremacía metodológica de las ciencias formales y naturales por sobre otros campos de la investigación tales como ciencias sociales o humanidades.

<sup>13</sup> Mamón es un término utilizado en el Nuevo Testamento para describir la abundancia o avaricia material.

<sup>14</sup> Estudió derecho, economía e historia en Heidelberg, Berlín y Göttingen. Se doctoró en 1889. Fue profesor de la Universidad de Freiburg y de la Universidad de Heidelberg.

<sup>15</sup> Graduado en Filosofía por la Facultad Asociada de Ipiranga. Cursó la Maestría en Teología Moral en la Facultad de Teología de Nuestra Señora de Asunción.

## *Sigue la historia de la economía*

La transformación de la sociedad, que fue el resultado de la revolución de la producción, se ha hecho sentir hasta nuestros días. Las familias fueron durante siglos el centro de la actividad económica, y pasaron a dejar de ser la célula básica y punto de referencia obligado de esa actividad. Con la actividad casi excluyente del mercado, las relaciones cara-a-cara de los conocidos dentro de la comunidad pasaron a convertirse en una relación entre anónimos. Weber puede agregar, entonces: «La comunidad de mercado, en cuanto tal, es la relación práctica de vida más impersonal en la cual los hombres pueden entrar... porque es específicamente objetiva, orientada exclusivamente por el interés en los bienes de intercambio».

Este cambio en las relaciones personales, tal vez no exprese, para nosotros personas del siglo XXI, lo radical del cambio que se estaba produciendo, pero para aquellos tiempos era una modificación muy profunda en el sentido de las relaciones personales y de los sentimientos que en ellas estaban implicados. El *producto o bien económico* comienza a ser más importante que las personas, dicho de otro modo: todo bien producido es fundamentalmente *mercancía*, es decir *producido para el mercado*. El objetivo de lucro reemplaza el sentimiento de fraternidad en las relaciones sociales. Por ello afirma Weber, que la característica más importante que colorea esta época naciente es *la utilización racional del dinero, la búsqueda de formas organizativas eficientes de organización del trabajo*, que preanuncia la empresa capitalista.

El otro aspecto que señala este autor como rasgos determinantes de este proceso es: «la tendencia a la racionalización de la técnica y de la economía, con el propósito de disminuir los precios en proporción a los costos, dio lugar, durante el siglo XVII, a una búsqueda febril de inventos». Este proceso desembocó en la Revolución industrial ya mencionada. Ésta fue mirada por Adam Smith, de quien ya nos hemos ocupado, con cierta angelicalidad dado que suponía que pronto todo se resolvería en el ámbito del mercado: «Una mano invisible conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida y así, sin intentarlo, sin saberlo, promueven el interés de toda la sociedad». Todos ofrecerán lo que tienen y se retirarán con lo que necesitan. Allí donde Fichte detecta dificultades y Hegel advierte consecuencias perjudiciales, Smith observa con optimismo el inicio de un *mundo feliz*. Debo recordar que la economía sigue sustentando las tesis del economista escocés.

Sin embargo, su optimismo no le impide ver que existe el egoísmo que lleva a mirar primero el beneficio personal, pero ello no le impide esperar el mejor resultado: «El que reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes en vano puede esperarla *sólo* de la benevolencia. La conseguirá con *mayor seguridad* interesando en su favor el *amor a sí mismo* de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que se les pide». Su optimismo no radica en la bondad celestial, sino en la *inteligencia* de todos para comprender que lo más ventajoso para cada uno, por «la armonía universal», se convertirá en lo mejor para la sociedad. Este pensamiento, como ya dije antes, se convirtió casi en una *verdad revelada* para la ciencia económica del siglo XIX en adelante y así se enseñó en las universidades.

\*\*\*\*\*

## *La economía de las clases sociales*

A diferencia de A. Smith, Hegel comprende que las necesidades que tiene el hombre que va al mercado, a cambiar lo que produjo por lo que necesita, no están sometidas a la ceguera de un mecanismo de oferta y demanda. Este mecanismo no puede saber con anticipación cuánto se requiere ni que calidades se pretenden de aquello que se demanda. Tampoco se sabría qué producir ni en qué cantidad hacerlo. Por ello descubrió el filósofo alemán, que el mercado no es el simple encuentro de unos y otros, sino que lo que él denominó «el sistema de las necesidades» se va incorporando a los actores como un conocimiento que va dando la experiencia de vida productiva, como un resultado de la *sabiduría colectiva*. Dijo al respecto: «La mediación de la necesidad y la satisfacción de las necesidades de *todos los demás*, constituyen el sistema de las *necesidades*». Es que ese conocimiento no nace de la nada, emerge de la experiencia milenaria de los pueblos, que han acumulado saberes que se expresan en los hábitos heredados a través de la cultura.

Como casi todos los clásicos Hegel no habla de economía, sino de *economía política*, es decir una economía subordinada a las necesidades de la “polis”, la ciudad, la comunidad de los hombres que habitan un territorio, un *Estado nacional*. Cuando la economía se desprendió de su calificativo “política” quedó abandonada al análisis de *las andanzas del capital*. En su lenguaje poco claro para el común de los mortales, nos dice nuestro filósofo: «La *economía política* es la ciencia que tiene su origen en estos puntos de vista [las necesidades y la satisfacción de ellas], pero luego debe presentar la relación y el movimiento de las masas en su cualitativa y cuantitativa determinación y en sus complicaciones». Debe estudiar cómo se armonizan las necesidades y su satisfacción en la masa de movimientos que muestra las infinitas particularidades del mercado cotidiano.

De todo esto se puede concluir, para una comprensión más clara, que las necesidades y los deseos no son la expresión de subjetividades autónomas, independientes unas de otras, sino que son la manifestación en las personas de lo que la cultura imperante va condicionando en el fondo de nuestras conciencias. Si esto era una agudeza de la inteligencia de Hegel, dos siglos atrás, es hoy una verdad de una evidencia transparente el modo como la cultura, vehiculizada por la publicidad masiva, condiciona los gustos, los deseos, las necesidades. Se propuso invertir el orden clásico de la economía: *producir para satisfacer demandas*; hoy *se crean necesidades y se produce para satisfacerlas* en función del mayor lucro.

Como advierte Hegel, dando un paso hacia la profundidad del análisis, la sociedad no es un conjunto infinito, atomizado de particulares deseos y gustos, sino una estructura que se expresa, de manera más o menos homogénea, dentro de la diversidad de sus «clases sociales». Éstas son las que van definiendo en una disputa de intereses lo que pretenden que corresponde a cada una de ellas: «mediante la universalidad que mora en su contenido y se *diferencian en conjuntos generales*, de suerte que la totalidad se acomoda como *sistemas particulares de las necesidades*, sistemas de los cuales los individuos participan, esto es, *como diferencia de las clases*». El gran pensador alemán nos señala, para que no pase inadvertido, que el mercado tiene las puertas abiertas para todos, pero a cada clase le reserva un espacio especialmente definido. Las *igualdades jurídicas* no se cumplen en el mercado porque allí imperan las diferencias de las clases. ¿Está claro, no?

\*\*\*\*\*

## *La economía de los ricos y los pobres*

El paso que va de Smith a Hegel permite afinar el análisis sobre los problemas que presenta la economía en la sociedad moderna. La incorporación del concepto “clase social” permite comprender que la universalidad de la sociedad no se presenta como un todo homogéneo. Sino que es una gama de particularidades finitas, clases sociales, a las que corresponden diferentes modos de acceso a la satisfacción de sus necesidades. Éstas han sido previamente condicionadas por la cultura de su época. De aquí se sigue que debe prestarse especial atención a las condiciones socio-históricas de cada nación, para estudiar los procesos económicos a partir de sus particularidades. Queda, entonces, cuestionada la validez universal de los conocimientos de la economía toda vez que desconoce la importancia de las diferentes culturas, y las diferencias internas que éstas presentan.

A partir de analizar las diferencias de clase Hegel debe hacerse cargo de las consecuencias que esto debe tener en cada sociedad. Puesto que esas diferencias existen y están en disputas, el conflicto no puede negarse para postular la paz de los espíritus. La presencia de diferencias hiere las dignidades personales cuando se observa cómo se reparte inequitativamente esfuerzos y recompensas. Dado que la «sociedad civil», como a él le gusta denominarla, es decir la *sociedad burguesa*, no aparece como un estado ideal de paz y armonía. Los conflictos sociales han comenzado a manifestarse en la Europa pos- Revolución industrial, en la que la clase de los trabajadores clama por un reparto más justo. Su sagacidad le permite percibir que esto ya está sucediendo, entonces dice: «Si la sociedad civil se encuentra en un estado de actividad sin impedimentos, se la puede concebir como destinada a un progreso continuo», es precisamente esto lo que la economía transmite como doctrina. El “si” condicional está anunciando que esto no es así, que la «sociedad civil» tiene «impedimentos» para ese progreso para todos, postulado y deseado.

Por ello agrega: «Con la generalización de las relaciones entre los hombres, mediante sus necesidades y los modos de preparar y procurar los medios que las satisfagan, aumenta por una parte la *acumulación de las riquezas*, pues esta generalización produce el más grande provecho; así como, por otra parte, se acrecienta la *división y delimitación* del trabajo especializado, y por lo tanto, aumenta también la *dependencia y la miseria* de la clase atada a ese trabajo». Se puede percibir el cambio de enfoque entre Smith y Hegel: el primero, ve el mercado desde el individualismo burgués del que va a hacer negocios; el segundo, mira el conjunto social y los resultados integrales del sistema, desde el concepto *nación*.

En la misma época en que los economistas ingleses y franceses anunciaban con mucho optimismo las virtudes de un mercado proveedor de satisfacciones, la mirada aguda del alemán descubre las injusticias que oculta ese modo de pensar el proceso económico. Pone al descubierto que el modo de producción industrial, mediante su división cada vez mayor del trabajo, dividiéndolo y subdividiéndolo, en pequeñas operaciones especializadas, ata al trabajador a una tarea que produce cada vez más dependencia de ese sistema. Al mismo tiempo, y como consecuencia de ello, lo va arrojando a una miseria cada vez mayor. Profesor Hegel, dos siglos después de sus conclusiones, la economía capitalista, ya totalmente globalizada, ha cumplido fielmente lo que su capacidad profética pronosticaba.

Veamos la claridad con que se expresa: «El descenso de una gran masa por debajo de un cierto nivel de existencia –que se regula por sí mismo como necesario para un miembro de la sociedad, y el enfrentar la pérdida de la conciencia del derecho, de la juridicidad y de la dignidad, por medio de una actividad y trabajo propios-, ocasiona la formación de la plebe, y, al mismo tiempo lleva consigo, en cambio, la más grande facilidad para concentrar en pocas manos riquezas desproporcionadas». ¡Es impactante la actualidad de estas palabras!

\*\*\*\*\*

## *Las limitaciones del pensar de un grande*

Quiero retomar en el punto en que terminé. Lo que nos está diciendo Hegel es que, desde el comienzo, el capitalismo produjo una dinámica por la cual la sociedad tendía hacia una polarización creciente entre unos pocos ricos y muchos pobres. Repito, ¡hace doscientos años! No debiéramos preguntarnos ¿cómo es posible que hoy se siga enseñando en las carreras de economía que el capitalismo es el mejor sistema económico, conocido hasta ahora? Esos doscientos años no fueron más que la *verificación* de ese pronóstico (palabra que deriva de pro=antes, gnosis=conocimiento). Aunque, en rigor de verdad, Hegel no hacía otra cosa que describir lo que ya estaba sucediendo en su época y sacaba de ello claras consecuencias respecto de hacia donde se dirigía ese proceso.

Por lo ya dicho el filósofo alemán se propone seguir avanzando sobre cómo resolver esta situación ya creada. La lógica inmediata llevaría a pensar que los que más tienen y más ganan deberían solventar a los más pobres para, por lo menos, llegar a ese *mínimo de ingresos* que les permitiera *vivir humanamente*. Él piensa esta posibilidad y dice lo siguiente: «Si a las clases adineradas se les impusiera la carga directa de sustentar a la masa reducida a la miseria, dándoles directamente los medios de subsistencia, siendo asegurada la vida de los miserables sin que tuvieran que recurrir al trabajo, todo esto sería contrario al principio de la sociedad civil, al sentimiento individualista de independencia y dignidad».

El argumento parece razonable y está sostenido en la dignidad que el trabajo le aporta a quien produce y se sustenta con su resultado. Contiene una doctrina clara de cuño cristiano. Sin embargo, no deja de ocultar las limitaciones que encuentra este filósofo, hijo dilecto de la Revolución francesa, al pensar desde dentro de la cultura burguesa. Lo demuestra con estas palabras: «Aquí se plantea el problema de que la sociedad civil *no es suficientemente rica*, en medio del *exceso de riqueza*; esto es, que no posee en la propia riqueza lo suficiente como para evitar el exceso de miseria y la formación de la plebe».

¡Qué desilusión! Tanta inteligencia no alcanza para ver más allá de su tiempo. Perdóneseme la sensación de haber sido defraudado por esa magnífica cabeza. Pero es injusto de mi parte achacarle a sólo sus limitaciones lo que no es más que el resultado del tiempo que le tocó vivir. Le corresponderá a Karl Marx<sup>16</sup> (1818-1883), cincuenta años después, tomar la posta y seguir pensando este tema. Bastante logró Hegel, como hijo de su tiempo, denunciando dentro de su estilo las consecuencias postreras que se darían a partir del éxito de ese comienzo, *precisamente por ser exitosa la Revolución industrial*. Dentro de un esquema cultural que había sido preparado por los siglos anteriores de desarrollo político de la burguesía.

Dice mi maestro, para aclararme hasta donde llega la clarividencia del alemán: «A la sociedad burguesa, entonces, le es esencial la oposición entre clases ricas, cada vez más ricas, y clases pobres, cada vez más pobres». Como me sorprendió lo de «esencial» me sentí obligado a preguntarle si él creía que no hubo posibilidad de que el desarrollo industrial, que resolvió muchas de las falencias del viejo sistema artesanal, se hubiera podido dar en un marco de mayor equidad. Me contestó que tal desarrollo, sin duda necesario pero enmarcado dentro del proceso burgués, requirió la acumulación de una cantidad de *dinero privado* que solventara la investigación y la posterior inversión en maquinaria, que posibilitaría, luego, el aumento de la producción a niveles hasta entonces desconocidos.

\*\*\*\*\*

---

<sup>16</sup> Fue un filósofo, intelectual y militante comunista alemán. En su vasta e influyente obra, incursionó en los campos de la filosofía, la historia, la ciencia política, la sociología y la economía, autor del famoso *El capital*.

## *El problema de la pobreza «esencial»*

Habíamos quedado en que no era posible resolver la inequidad «esencial» del sistema. Me detengo a pensar si al filósofo alemán se le escapó la posibilidad de conflicto, dado ese estado de cosas. Mi maestro me advierte que no sería digno de él semejante olvido. El problema lo traslada al terreno jurídico, así el conflicto no sería otra cosa que atentar contra el orden establecido y para ello la *sociedad civil* tiene ya su respuesta preparada. En el lenguaje de Hegel esto se dice así: «La previsión policial realiza y sostiene, ante todo, lo universal, que está contenido en la particularidad de la sociedad civil, como orden externo y organización para la defensa y la garantía de los complejos de fines e intereses particulares que son los que tienen su existir en este universal».

Traduzco yo: el interés de la sociedad civil, sostenido por el principio *intocable e inviolable* de la defensa de la *propiedad privada*, se encuentra defendido por la policía. Si la «plebe» se levanta contra el orden establecido tendrá el *correcto tratamiento previsto*. El «orden externo y organización para la defensa» es externo a la sociedad civil, puesto que depende del Estado, que tiene el monopolio de la violencia y es quien debe reestablecer «la defensa y la garantía» del bien común, es decir el bien de los ciudadanos, léase *los propietarios*.

«Al derecho efectivo le interesa no tanto que las *accidentalidades* sean *eliminadas*... [sino] que la *garantía* de la subsistencia y del *bienestar* del individuo, esto es, el bienestar particular, sea *tratado y realizado como derecho*». Las *accidentalidades* deben ser entendidas como cualquier delito posible, ante el cual los poseedores deben ser protegidos, no sólo en la previsión del delito sino, y esto es fundamental, para que quede expresamente garantizado el derecho de propiedad y pueda ser reprimido, debe ser establecido jurídicamente como delito. La «violencia policial» se ejerce contra «la violación de la propiedad y de las personas». Entonces el conflicto social se resuelve jurídicamente, por lo que deja de ser un problema socio-político. Se puede preguntar ingenuamente ¿cuáles personas? La respuesta de época diría *el ciudadano*. Si se insistiera en preguntar ¿quiénes son ciudadanos? la respuesta ya había sido dada: «el hombre mayor de edad y propietario».

Sin embargo, el problema del conflicto potencial sigue vigente. Nuestro filósofo contesta que no debe hacerse como en: «Escocia, que deja a los pobres librados a su suerte y los hace depender de la limosna pública». Pero la *sociedad civil* no es lo suficientemente rica como para hacerse cargo de la subsistencia de la «plebe», pero tampoco debe remitir este problema al Estado para su solución. «Por medio de la sociedad civil, sobre todo esta determinada sociedad civil, es empujada más allá de sí para buscar afuera». Es muy interesante como nuestro filósofo dice muchas cosas como de pasada. Casi se podría pensar que no las aclara porque da por supuesto que entendemos de qué está hablando.

Este tipo de supuestos funcionan habitualmente en el tratamiento político o económico de problemas de esta naturaleza. Lo significativo de Hegel es que él no esquiva lo que hay que decir, lo dice como al correr de la pluma. «Sobre todo *esta determinada* sociedad civil», es decir la sociedad civil burguesa, pos-Revolución industrial, de los países industrializados, ha dado lugar a una polarización social de difícil pronóstico. Ella se ve acuciada por la demanda que ha crecido muchísimo por la expansión colonial y para cuya satisfacción ha debido incorporar masas de obreros a sus talleres, obreros que han sido reducidos a la miseria. Entonces, ¿cómo se sale de este problema?

\*\*\*\*\*

## La obra de la civilización

Hegel indicó que la sociedad civil se ve empujada hacia afuera, para continuar en la búsqueda de la solución de la pobreza. Afuera ¿a dónde? Él nos contesta: «en otros pueblos que están atrasados respecto a los medios que ella posee en exceso, o con respecto a la industria, a los consumidores y, por lo tanto, los medios necesarios de subsistencia». Está claro: hay países que se han desarrollado industrialmente y tienen un “exceso” de población a la que no pueden alimentar. Entonces, viendo que hay países “atrasados” respecto del parámetro que son ellos, los industrializados, así como se les exporta mercancías se les puede exportar población excedente. ¿Por qué?

«Como para el fundamento de la vida familiar es una condición la tierra, como base y terreno estable, así, para la industria, el elemento natural que la anima hacia lo externo es el mar. Así como el deseo lleva a tierras lejanas en las relaciones comerciales, una vinculación jurídica que inicia el contrato y el comercio adquiere su sentido para la historia». Es el comercio, razón del existir de la burguesía, el que “une” a los pueblos y es el “contrato” el que le otorga la condición civilizatoria. Esto da sentido a la historia, claro, a la historia del dominio imperial burgués. Dado que: «los ríos no son los límites naturales, como se ha querido hacer valer en los tiempos recientes, sino que, por el contrario, igualmente que los mares unen a los hombres».

El paso siguiente se explica de este modo: «La ampliación de ese enlace proporciona el medio de la *colonización*, a la cual, -esporádica o sistemáticamente- es empujada la sociedad civil adelantada, y con la que procura, en parte, el retorno al principio familiar a una fracción de la población en un nuevo territorio; y, en parte, procura para sí misma una nueva necesidad y un nuevo campo para la aplicación continuada del trabajo». Hemos encontrado, por fin, la propuesta de solución, es la siguiente: teníamos un excedente de población pobre, pues bien *colonizamos los territorios* de aquellos que están *atrasados* y otorguemos a la población excedentaria una porción de tierra que permita la realización del *principio familiar* de “esa pobre gente”. Pero, al mismo tiempo, como se han producido *nuevas necesidades* de la gente que va a habitar esos *nuevos territorios* logramos para la industria «la aplicación continuada del trabajo». Y todos contentos menos, claro está, los habitantes originarios que se verán desplazados de su territorio, (desplazados o...)

Para Hegel, como antes para Thomas Hobbes<sup>17</sup> (1588-1679) y John Locke<sup>18</sup> (1632-1704), el conflicto social que se presenta, como resultado del desarrollo de la sociedad industrial burguesa, «esa determinada sociedad», se resuelve por la conquista y la colonización de los inmensos territorios de la periferia. Permítaseme una digresión: durante años hemos mirado complacidos como Hollywood nos contaba que los “farmers” salían a la *Conquista del Oeste* para colonizar las *tierras abandonadas por tribus salvajes* que merodeaban por esas praderas sin trabajarlas. Las *buenas familias cristianas* se veían *obligadas a luchar* contra esas tribus que no querían aceptar *el avance del progreso*. Por ello, por el bien de esos territorios, al ser incorporados al sistema internacional daban trabajo a los inmigrantes y fortalecían el desarrollo de la industria de los países centrales. La incorporación del ferrocarril que atravesó esos territorios permitió a la civilización extenderse de uno hacia el otro océano. Algo parecido ocurrió en nuestras pampas.

\*\*\*\*\*

---

<sup>17</sup> Filósofo inglés, autor de la famosa obra *El leviatán* y de la frase “El hombre es un lobo para el hombre”.

<sup>18</sup> Fue un pensador inglés considerado el padre del empirismo y del liberalismo moderno.



## *Proteccionismo en EE. UU.*

Durante el siglo XVIII, momento de la independencia norteamericana, se produjeron polémicas sobre la economía semejantes a las que un siglo después se dieron en el Río de la Plata. Allí los bandos se encarnaban en el latifundista y esclavista del sur Thomas Jefferson<sup>19</sup> (1743-1826) aferrado al libre comercio quien sostenía: «que era mejor importar de Europa productos manufacturados de alta calidad con los recursos que el país conseguía de sus exportaciones agrícolas, que tratar de producir manufacturas de calidad inferior». Con argumentos semejantes a los de nuestra oligarquía vacuna. En el otro bando se perfilaba un hombre de negocios Alexander Hamilton<sup>20</sup> (1755-1804) que defendía la protección a la industria nacional.

Cundo este debate se dio en el gabinete ministerial de George Washington<sup>21</sup> (1732-1799) Jefferson renunció en discrepancia con la postura de Hamilton. Como resultado, el Congreso sólo aceptó con poco entusiasmo las recomendaciones de Hamilton -aumentando la tasa arancelaria promedio de 5% a 12,5%. En 1804, Hamilton fue muerto en un duelo, si hubiera vivido una década más, habría visto su programa aplicado plenamente. Después de la guerra anglo-norteamericana de 1812, los EE. UU. empezaron a moverse hacia una política proteccionista; para la década de 1820, el arancel industrial promedio había aumentado a 40%. Para los años 1830, la tasa arancelaria industrial promedio de Norteamérica era la más alta del mundo y, salvo por algunos breves períodos, se mantuvo así hasta la Segunda Guerra Mundial, momento en el cual su supremacía industrial era absoluta.

Hamilton sostenía que se debía aprender de Gran Bretaña donde: «En 1721, el primer ministro británico Robert Walpole<sup>22</sup> [1676-1745] lanzó un programa industrial que protegía y promovía a los fabricantes ingleses contra competidores superiores de los Países Bajos, entonces el centro manufacturero de Europa. Walpole declaró que "nada contribuye tanto al bienestar público como la exportación de bienes manufacturados y la importación de materias primas extranjeras"». Entre la época de Walpole y la década de 1840, cuando Gran Bretaña comenzó a reducir sus aranceles (aunque no se pasó al libre cambio hasta los años 1860), el arancel industrial promedio en Inglaterra estuvo en el orden de 40-50%.

Los Estados Unidos siguieron el ejemplo británico. En realidad, el primer argumento sistemático de que en economías relativamente atrasadas las industrias nuevas requieren protección antes de poder competir con sus rivales extranjeros -conocido como el argumento de la "industria naciente"- fue desarrollado por el primer secretario del Tesoro norteamericano, Alexander Hamilton. En 1789, propuso una serie de medidas para lograr la industrialización de su país, incluyendo aranceles proteccionistas, subsidios, liberalización de la importación de insumos industriales (no se trataba de un "manto protector" para todo), patentes para invenciones y el desarrollo del sistema bancario.

Hamilton era perfectamente consciente de los peligros potenciales de la protección a la industria naciente, y advirtió no llevar demasiado lejos estas políticas. Él «sabía que así como algunos padres son

---

<sup>19</sup> Fue el tercer presidente de los Estados Unidos de América, ocupando el cargo entre 1801 y 1809. Se le considera uno de los Padres Fundadores de la Nación.

<sup>20</sup> Era un joven abogado de Nueva York cuando estalló la Guerra de Independencia de las trece colonias británicas de Norteamérica (1775-83). En 1777 se convirtió en secretario de George Washington, comandante en jefe del ejército insurrecto.

<sup>21</sup> Dirigente de la independencia y primer presidente de los Estados Unidos de América. Rico terrateniente del Sur había adquirido experiencia militar como miembro del ejército colonial británico en las luchas contra los indios y los franceses (1752-58), alcanzando el grado de coronel.

<sup>22</sup> Fue un destacado político inglés, considerado como el primer ministro del Reino de Gran Bretaña.

sobre protectores, los gobiernos pueden favorecer demasiado a las industrias nacientes. Y de la misma manera que algunos niños manipulan a sus padres para que los mantengan más allá de la infancia, hay industrias que prolongan la protección gubernamental a través de un "lobbying" inteligente. Pero la existencia de familias disfuncionales no es un argumento contra la paternidad en sí misma».

Al recomendar un programa de industrias nacientes para su joven país, Hamilton, un osado ministro de finanzas de 35 años, estaba ignorando abiertamente el consejo del economista más famoso del mundo, Adam Smith. Al igual que la mayoría de los economistas europeos de la época, Smith les aconsejaba a los norteamericanos no desarrollar la industria.

\*\*\*\*\*

## *La protección a la industria nacional*

Vamos a detenernos un poco en el pensamiento de este político y hombre de negocios que fue el auténtico artífice del moderno proteccionismo. Por algún extraño motivo, aunque tal vez no sea tan extraño, los escritos económicos de Hamilton son muy poco conocidos y no se enseñan en las facultades de Economía, pese a haber sido el economista de mayor importancia de su época y el artífice del desarrollo norteamericano, luego de la Independencia. En cambio, sí se conocen sus escritos políticos, particularmente los 85 ensayos que constituyen *El Federalista*, que analiza y defiende la *Constitución de los Estados Unidos*. Su liberalismo político, que utilizó contra el Imperio británico, no le impidió comprender que no debía ser trasladado a la economía.

Las ideas sobre la industrialización de los Estados Unidos fueron expuestas por Hamilton en 1791. En su *Report on manufactory* sienta los principios de la protección de las empresas nacientes y por nacer. No para proteger las industrias ya existentes y consolidadas y capaces de competir. Allí puso en duda la validez de las objeciones liberales a las políticas de promoción de las manufacturas y la afirmación de que, «sin la ayuda gubernamental, la industria crecería tan rápidamente como lo requiere el estado natural de las cosas y los intereses de la comunidad». Según Hamilton, esta afirmación no siempre es válida. La inercia y el espíritu de imitación se traducen «en el temor al fracaso que pueden tener empresas nuevas, las dificultades intrínsecas de los primeros ensayos de entrar en competencia con quienes se han perfeccionado en las actividades que se busca penetrar... y los otros alicientes artificiales con que los países extranjeros apoyan a sus connacionales».

Dice más adelante: «La experiencia muestra... que aun las innovaciones más simples y evidentes en las ocupaciones más corrientes son adoptadas con titubeos, reticencia y por etapas pequeñas... La evolución espontánea hacia empresas nuevas... es aún más difícil. Estos cambios probablemente serán más lentos que lo aconsejable por el interés... de los individuos y la sociedad... y en muchos casos no ocurrirán». Continúa diciendo que «producir los cambios necesarios tan pronto como sea posible puede requerir el estímulo del gobierno. El miedo de fracasar en nuevas iniciativas es quizá un impedimento serio...; es esencial que quienes las inicien cuenten con la aprobación y el apoyo del gobierno, necesarios para superar los obstáculos que supone toda experiencia nueva».

Con una lectura atenta y realista del mundo internacional de esa época sostiene: «La superioridad de que ya gozan los países que han ocupado y perfeccionado una rama de la industria es el obstáculo más formidable... para introducir esa misma industria en un país en que antes no existía. Mantener entre ambos la competencia en calidad y precio en un pie de igualdad sería imposible sin una ayuda y protección extraordinarias de parte del gobierno». La ayuda del gobierno a la producción incipiente en un país nuevo puede ser esencial para compensar las desigualdades de la competencia en el periodo inicial.

Definió a la industria nacional como un multiplicador de la economía, en su *Informe*. Explicó las ventajas de tener una industria nacional pujante y poderosa, frente a aquellos que la consideraban una amenaza contra la agricultura. Hizo un análisis minucioso de cómo los establecimientos industriales «no sólo aumentan positivamente el producto y el ingreso de la sociedad, sino que contribuyen esencialmente a que éstos sean mayores de lo que serían sin tales establecimientos».

Dos siglos después, estas afirmaciones doctrinarias sobre la economía nacional deben soportar la crítica, artera e interesada, de los profetas del librecambio. E insisto, nuestras universidades callan ante las verdades de Hamilton.

\*\*\*\*\*

## *Los mismos debates en nuestra tierra*

Gran Bretaña y los Estados Unidos no fueron los únicos países practicantes de la protección a la industria naciente. Virtualmente todos los países ricos de hoy usaron medidas políticas para proteger y promover a sus industrias nacientes. Aun cuando el nivel general de protección era relativamente bajo, algunos sectores estratégicos podían conseguir una diferenciación muy elevada. Por ejemplo, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, Alemania, mientras mantenía una tasa arancelaria industrial promedio relativamente moderada (5-15%), le acordó una fuerte protección a industrias como las del hierro y el acero. Durante el mismo período, Suecia le otorgó una alta protección a sus industrias ingenieriles emergentes, aunque su tasa de arancel promedio era de 15-20%. En la primera mitad del siglo XX, Bélgica mantuvo niveles moderados de protección general pero protegió fuertemente sectores textiles clave y la industria siderúrgica.

Nuestro Carlos Pellegrini<sup>23</sup> (1846-1906) viajó largamente por Europa y pudo ver todo esto con sus propios ojos, por lo que él no se dejaba engañar con las prédicas de un liberalismo interesado en reservarse para sí el desarrollo industrial. Desde esas experiencias decía: «Si el libre cambio desarrolla la industria que ha adquirido cierto vigor y le permite alcanzar todo el esplendor posible, el libre cambio mata la industria naciente. La agricultura y la ganadería son dos grandes industrias fundamentales; pero ninguna nación de la tierra ha alcanzado la cumbre de su desarrollo económico con solo estas industrias. Las industrias que las han llevado al máximo de poder son las industrias fabril, y la industria fabril es la primera en mérito y la última que se alcanza, porque ella es la más alta expresión del progreso industrial».

Ante la grave crisis que afrontaba nuestro país sobre fines del siglo XIX contestaba a los que se sometían sin condiciones a las imposiciones británicas. «Me dirán ¿qué hay que hacer entonces? Pero, lo que hace el agricultor que pierde su cosecha: aguantar; se aprieta la barriga y economiza todo lo que puede, mientras vuelve a sembrar. Proteger la industria por todos los medios; ¡y dejarse de Bolsa y Tesoros y bimetalismo y música celestial!»

Claro está que este Hamilton pampeano no contó con el apoyo decidido de nuestra burguesía ni, mucho menos de los terratenientes latifundistas. Éstos se contentaban con exportar cuero crudo, luego agregarían carne vacuna, y comprar a los ingleses “mercancías de alta calidad industrial”. Se sentían hermanos sureños de Jefferson con los mismos prejuicios, racismo y desprecio por el pueblo trabajador, la chusma.

Se podría decir que aquellos personajes políticos del norte tenían sus gemelos en nuestra pampa. Hamilton creía, como Pellegrini, que había que llevar a cabo «obras destinadas a mejorar las comunicaciones públicas, abriendo canales, quitando las obstrucciones de los ríos y erigiendo puentes». Consideraba que «los buenos caminos, canales y ríos navegables, al disminuir el costo del transporte, ponen a las partes remotas de una nación a un nivel más próximo que las inmediaciones de la ciudad. Por ese motivo son la mayor de todas las mejoras».

Entendían que el agro y la industria se complementaban: el primero aportando alimentos y materias primas al segundo, y éste proveyendo las herramientas y equipos necesarios para aumentar la productividad del primero. El desarrollo de la industria nacional aumentaría automáticamente la demanda y pronto el

---

<sup>23</sup> Fue un abogado, periodista, y político argentino, Ministro de Guerra y Marina y fue electo Vicepresidente de Argentina en el año 1886. Asumió la presidencia por ser el vicepresidente en ejercicio en 1890, hasta finalizarla en 1892.

mercado externo sería sustituido por el interno. Hoy vemos el norte y nos miramos a nosotros y debemos aprender.

\*\*\*\*\*

## *La protección de nuestro mercado*

Creo necesario, contra tanta prédica liberal, avanzar un poco más sobre este proteccionista americano. En oposición a la necesidad de desarrollar el comercio exterior, Hamilton orientó sus esfuerzos en hacer crecer aceleradamente el mercado interno, a través de la promoción de la industria nacional. Escribió en su *Informe sobre las Manufacturas*: «Para crear mercado interno no hay otro recurso que promover los establecimientos manufactureros. Los trabajadores de la industria, que constituyen la clase más numerosa fuera de los agricultores, son los principales consumidores del excedente del trabajo de éstos. La idea de crear un extenso mercado interno para el producto excedente del suelo, es de primordial importancia. Es el factor que más efectivamente conduce al florecimiento de la agricultura».

Afirma un poco más adelante: «El desarrollo industrial provoca un incremento en la demanda de nuevos productos: la multiplicación de las manufacturas no sólo genera un mercado para los artículos que se acostumbra producir abundantemente en un país, sino que también genera demanda de otros que, o no se conocían, o no se producían en grandes cantidades. Tanto las entrañas como la superficie de la tierra empiezan a ser escudriñadas, en búsqueda de elementos antes despreciados. Adquieren utilidad y valor animales, plantas y minerales nunca antes explotados».

Para quienes consideran que Estados Unidos desarrolló su economía poniendo en práctica los lineamientos del economista inglés Adam Smith, debe recomendárseles conocer un poco la historia de los Estados Unidos. Sobre todo la etapa en que llevó a cabo la Guerra de Independencia en contra del capitalismo liberal británico y justamente para librarse de él. Según Hamilton, hasta tanto no se desarrollara adecuadamente la industria nacional, era imposible competir con los productos extranjeros, y por eso había primero que fomentar y proteger las manufacturas internamente.

Veamos sus tesis: «Si el sistema de perfecta libertad de producción y comercio fuese el prevaleciente entre las naciones, sin duda tendrían gran fuerza los argumentos que disuaden a un país en la situación de los Estados Unidos de llevar a cabo la ardua empresa manufacturera... En consecuencia, los Estados Unidos están hasta cierto punto en la situación de un país excluido del comercio internacional. Fácilmente pueden obtener del exterior los bienes manufacturados que requieren, pero en la circulación y venta de los suyos propios sufren obstáculos numerosos y muy perjudiciales. Y no se trata de una sola nación foránea: las reglas de varios países con los que tenemos extensas relaciones comerciales significan grandes obstáculos al comercio de los principales productos estadounidenses. En semejante estado de cosas los Estados Unidos no pueden comerciar con Europa en condiciones de igualdad; y esa falta de reciprocidad los hace víctimas de un sistema que los obliga a restringir sus aspiraciones a la agricultura y abstenerse de desarrollar la industria. La constante y creciente necesidad estadounidense de bienes europeos, y la parcial y ocasional demanda de los suyos a cambio, los expone a una situación de empobrecimiento, en lugar de la opulencia que tiene derecho a aspirar por sus ventajas políticas y naturales».

Pareciera estar hablando de nuestra situación actual frente al mercado internacional. Sin embargo, todavía hoy, se oyen voces privilegiando las exportaciones de materias primas ante la opción de desarrollar la industria para exportar productos manufacturados. Y para ello sigue siendo necesaria la protección del mercado interno.

## La crítica a la economía en Marx

Adam Smith mira el mercado a partir del ciudadano burgués que se dirige a él para maximizar su beneficio, suponiendo que el trabajador se encuentra en las mismas condiciones que el capitalista. Su mirada anglosajona parte del individuo. Hegel parte de la existencia de la Nación, la de los países centrales, como un todo superior a las partes que la componen, debiendo satisfacer el mejor funcionamiento de ella. Carlos Marx aprende de Hegel el resultado al que es arrojado el trabajador, para quien no se encuentra solución. Hace de la explotación de la clase trabajadora el punto de partida de sus investigaciones sobre la sociedad capitalista. En esta tarea aborda el estudio de los economistas de su época, y apunta para sí algunos comentarios: *los economistas, pensando desde la existencia del capital como hecho histórico, parten de la aceptación de la existencia de la propiedad privada*. No se preocupan por saber cómo se constituyó, cómo se convirtió en capital, cómo se separó del trabajo. Ante la pregunta sobre su razón de ser remiten de inmediato a la explicación que hace de él el derecho establecido. La propiedad es un derecho, por lo tanto no es tema de la economía.

Por ello su crítica a la economía política se expresa en estos términos: «La economía política parte del hecho de la propiedad privada. No nos lo explica. Expresa el proceso material de la propiedad privada -en realidad la describe- en fórmulas generales y abstractas, que en seguida adquieren para ella valor de leyes. No aprehende el concepto de esas leyes, es decir, no demuestra de qué modo derivan de la esencia de la propiedad privada». La separación aceptada como principio de investigación entre la posesión del capital dinerario en manos de algunas personas es, para ellos, un dato de la sociedad en la que viven, más aún, es la condición de toda sociedad organizada jurídicamente. Sin propiedad privada no hubiera habido sociedad industrial, sin ésta no habría sido posible el desarrollo de los países centrales. Pues bien, esto es así, no caben más preguntas.

Entonces continúa: «La economía política no nos suministra explicación alguna acerca de la razón de la separación entre trabajo y capital y entre capital y tierra... En qué medida estas circunstancias exteriores, aparentemente contingentes, no son más que la expresión de un desarrollo necesario, la economía política no nos lo enseña». Es decir, ¿cabría preguntarse si la existencia de unos pocos hombres que detentan el poder del dinero y muchos otros que sólo tienen sus manos para trabajar, es un *hecho natural*, un *designio de Dios* o un *simple azar de la historia*? Una vez planteada una pregunta de este tipo se torna inevitable investigar alguna respuesta posible. Puesto que no da lo mismo el responder por una de esas posibilidades. Si es la *evolución natural* la que así lo determinó o si fue un *designio divino* que así lo dispuso, poco queda por hacer.

Pero, en cambio, si fue el resultado del *proceso histórico* el que dio lugar a la conformación de una sociedad de clases, se abren otra serie de preguntas.

\*\*\*\*\*

## *Burgueses y proletarios: lucha de clases*

Sigamos el orden que el joven Marx se ha hecho ante lo que él consideró pobreza o ceguera de la investigación de la economía política clásica, anterior a él. Aclara como método de estudio que: «Cuando hablamos de producción nos referimos siempre a la producción en un estadio determinado del desarrollo social, a la producción de los individuos viviendo en sociedad». Equivale a decir no es aceptable hablar de economía o producción en general, se debe determinar de qué período de la historia se trata. En esa historia ¿hubo hombres que con mayor inteligencia que los otros lograron acumular una fortuna que los otros no supieron hacer? Se trataría, entonces, de estudiar el cerebro de esos superdotados, sería un tema de la biología o de la antropología. En cambio, si a lo largo de ese proceso algunos se apropiaron de una parte de los resultados que hubiera correspondido repartir entre todos, otro sería el campo de investigación. Si además, para el logro de ese resultado desigual fue necesario el uso de la violencia entre un sector de los más fuertes y otro de los más débiles, la historia debería ser observada desde una óptica moral.

Marx responde con toda claridad. «Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases». Debe entenderse por “sociedad humana” la sociedad organizada jurídicamente, a partir de la aparición del Estado. Dentro de ella siempre hubo un sector que dominó a los otros, por la forma de poder existente en cada etapa: «en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta». La sociedad, tal como la hemos conocido a través de la historia de *ese tipo de sociedad*, esa historia tiene unos diez mil años. Sólo agrego lo que dijo su compañero, Federico Engels<sup>24</sup> (1820-1895), respecto de sociedades anteriores a la sociedad esclavista: «El Estado no ha existido eternamente. Ha habido sociedades que se las arreglaron sin él, que no tuvieron la menor noción del Estado ni de su poder. Al llegar a cierta fase del desarrollo económico, que estaba ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, esta división hizo del Estado una necesidad». Esa cierta fase es la de la aparición de las diferencias de clases.

Agrega, más adelante, para que quede claro que no siempre ha habido diferencias de clase: «En todos los estadios anteriores de la sociedad, la producción era esencialmente colectiva y el consumo se efectuaba también bajo un régimen de reparto directo de los productos, en el seno de pequeñas o grandes colectividades comunitarias». Continúo con Marx: «Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado». Pero ¿cómo se llegó a detentar una masa de dinero tan grande en pocas manos?: «Abarca toda una serie de métodos violentos, entre los cuales sólo hemos pasado revista aquí, como métodos de acumulación originaria de capital, a los más importantes y memorables. La expropiación del productor directo se lleva a cabo con el más despiadado vandalismo y bajo el acicate de las pasiones más infames, más sucias, más mezquinas y más odiosas».

\*\*\*\*\*

---

<sup>24</sup> Fue un filósofo y revolucionario alemán. Amigo y colaborador de Karl Marx, fue coautor de obras fundamentales para el nacimiento de los movimientos socialista, comunista y sindical, y dirigente político de la Primera Internacional y de la Segunda Internacional.

## *La lucha se hace global*

Por lo tanto, el punto de partida del análisis crítico de la economía debe hacerse cargo del estado de cosas que se presentan en el siglo XIX: «La gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial imprimió un gigantesco impulso al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez, estos, progresos redundaron considerablemente en provecho de la industria, y en la misma proporción en que se dilataban la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía y crecían sus capitales». De esta expansión mundial del comercio, que posteriormente agregó el traslado de la producción hacia fábricas de la periferia, con ventajas mayores para la utilidad del capital, Marx sólo pudo observar su primera etapa, la de un capitalismo industrial. Sin embargo, él comienza a percibir la influencia que las finanzas adquieren en el desarrollo de este proceso.

Solamente se comprende la existencia del capital cuando se reconoce la historia inmediata anterior, que es la condición de posibilidad del capitalismo actual. Pero ello no debe ocultar cuales han sido las consecuencias de su desarrollo en un periodo histórico tan corto: «Desgarró implacablemente los abigarrados lazos que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas. Echó por encima del santo temor a Dios, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar». Esta libertad, libertad de los poderosos, no puede soportar la existencia de fronteras: «La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta a otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones. La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita». Es decir, el mismo sistema capitalista nació dentro del proceso de la globalización<sup>25</sup>, es una consecuencia posterior, pero intrínseca a la primera.

Este cosmopolitismo impone una sumisión de la política a los criterios económicos. Si bien Marx no llegó a analizar la dimensión política del capitalismo, nos encontramos con la sorpresa de que un profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts, Lester Thurow<sup>26</sup> (1938- ), diga hoy lo siguiente: «La democracia y el capitalismo tienen diferentes puntos de vista acerca de la distribución adecuada del poder. La primera aboga por una distribución absolutamente igual del poder político, “un hombre, un voto”, mientras el capitalismo sostiene que es el derecho de los económicamente competentes expulsar a los incompetentes del ámbito del mercado y dejarlos librados a la extinción económica. La eficiencia capitalista consiste en la “supervivencia del más apto” y las desigualdades en el poder adquisitivo. Para decirlo de la forma más dura, el capitalismo es perfectamente compatible con la esclavitud... En una economía con una desigualdad que crece rápidamente, esta diferencia de opiniones acerca de la distribución adecuada del poder es como una falla de enormes proporciones que está por deslizarse».

\*\*\*\*\*

---

<sup>25</sup> En un sentido estricto la historia nos muestra que la globalización comenzó con la expansión del Imperio español, seguida luego por la colonización del imperio británico y, finalmente, por el dominio de los Estados Unidos.

<sup>26</sup> Economista estadounidense, asesor del presidente norteamericano Lyndon Johnson. Es especialista en economía global, inestabilidad económica, distribución del ingreso y liderazgo.



## *Propiedad y capital concentrado*

Quedó dicho que la “globalización” fue el modo originario dentro del cual creció el sistema capitalista. Y las previsiones de Fichte son ya una realidad imparable: «Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones». Las advertencias de este filósofo alemán son sintetizadas por Marx con estas palabras: «Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal». Las individualidades nacionales se ven arrasadas por la expansión brutal del comercio que no repara en consecuencias que no sean “el contante y sonante dinero”.

En su expansión colonial: «Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza». La concentración de la propiedad en pocas manos fue una condición inicial del proceso, que no fue advertida por muchos y que fue encubierta por el discurso idílico de algunos liberales: «La burguesía va aglutinando cada vez más los medios de producción, la propiedad y los habitantes del país. Aglomera la población, centraliza los medios de producción y concentra en manos de unos cuantos la propiedad». La concentración económica es una consecuencia necesaria de ese proceso socio-histórico.

El escenario global del capitalismo es imponente: «Pues bien: ante nuestros ojos se desarrolla hoy un espectáculo impresionante. Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas. La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso, los gastos que supone un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza. Cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo, tanto más aumenta también ésta, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique el rendimiento exigido, se acelere la marcha de las máquinas, etc.».

Repíete, entonces, que: «La existencia y el predominio de la clase burguesa tienen por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incremento constante del capital; y éste, a su vez, no puede existir sin el trabajo asalariado... Os aterráis porque queramos abolir la propiedad privada, ¡como si ya en el seno de vuestra sociedad actual, la propiedad privada no estuviese abolida para nueve décimas partes de la población, como si no existiese precisamente a costa de no existir para esas nueve décimas partes! ¿Qué es, pues, lo que en rigor nos reprocháis? Querer destruir un régimen de propiedad que tiene por necesaria condición el despojo de la inmensa mayoría de la sociedad. Nos reprocháis, para decirlo de una vez, querer abolir vuestro tipo de propiedad».

\*\*\*\*\*

## *La animalización del trabajo*

Se desprende de lo anterior que la preocupación central de Marx radica en la situación social de la clase trabajadora, que para su época la representaba el obrero industrial. El estado de miseria en que había sido sumido el hombre de trabajo ya lo había advertido Hegel, como ya vimos<sup>27</sup>. Siguiendo el hilo de este señalamiento, hecho por su maestro, el joven Marx investiga la condición de trabajo en las fábricas y llega a la siguiente conclusión: «El obrero se vuelve tanto más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece en poder y volumen su producción». Cuanto más produce más utilidades acumula el capital, y cuanto más poderoso se torna el capital más débil y pobre se encuentra frente a él. «El obrero se convierte en una mercancía tanto más vil cuantas más mercancías produce. La depreciación del mundo de los hombres aumenta en razón directa al incremento del mundo de las cosas». El mundo consumista de hoy le da toda la razón.

Cuanto más produce mayor es la cantidad de mercancías que se presentan en el mercado, ante tal cantidad de diversas mercancías, el trabajo (la mano de obra) que el obrero realiza, y que el capitalista compra también en el mercado (mercado laboral), es sólo una mercancía más. Si recordamos lo leído en Hegel podemos ahora comprender que el aumento de la producción conduce a la *maquinización* de la producción, razón por la cual el trabajo del obrero se reduce a la atención de la máquina, una tarea «tanto más vil». Por ello puede afirmar de inmediato que: «El trabajo produce no sólo mercancías; se produce a sí mismo y produce al obrero, como mercancía», esta reducción del obrero a una mercancía más lo envilece y lo degrada. Aquí aparece, en toda su profundidad, las preocupaciones humanísticas de Marx cuando está hablando de economía política, pues no reduce su pensamiento al estricto ámbito de la materialidad de la producción, privilegia la situación integral del hombre.

Este hombre, sometido a ese régimen de trabajo, es rebajado a mercancía en el mercado laboral, dado que vende su fuerza de trabajo de acuerdo a la ley de la oferta y la demanda como cualquier otra mercancía. La sobre oferta de mano de obra hace rebajar el precio de ella, por tal razón afirma nuestro autor que el mercado capitalista de trabajo requiere la existencia de un «ejército industrial de reserva», es decir de un *sobrante permanente de desocupados* para evitar la suba de su precio.

La pérdida de la dignidad humana, por obra de la degradación del trabajo hace del trabajo un martirio, dado que: «El obrero sólo tiene la sensación de estar consigo mismo cuando está fuera de su trabajo, y, cuando está en su trabajo, se siente fuera de sí. Está como en su casa cuando no trabaja; cuando trabaja, no se siente en su casa. Llegamos, pues, al resultado de que el hombre (el obrero) sólo se siente activo en sus funciones animales: comer, beber y procrear, y, cuando mucho, en su cuarto, en su arreglo personal, etc., y que en sus funciones de hombre sólo se siente ya animal». El trabajo que debería ser el momento de la creación, como lo era en la etapa artesanal, fuente de dignidad y orgullo, se ha convertido en la fábrica en momentos de deshumanización. Las funciones biológicas, que comparte con el resto de los animales, se tornan momentos de diversión y placer. «Lo bestial se convierte en lo humano y lo humano se convierte en lo bestial».

\*\*\*\*\*

---

<sup>27</sup> La obra del novelista inglés Charles Dickens (1812 –1870), de las más conocidas de la literatura universal, y la más importante de la era victoriana, pinta con claridad el cuadro social de la época.

## ¿Es libre el mercado libre?

A nadie que lea con atención las noticias económicas que nos ofrece la información pública se le escapa el proceso de fusiones y nuevas fusiones de empresas que se ha producido, y sigue, en las últimas décadas. Esto ha dado lugar a concentraciones de enormes masas de capital en los sectores claves de la economía. Parece confirmar una tendencia imparable hacia el gigantismo empresarial. Estos hechos plantean a las comunidades nacionales graves problemas.

Uno muy grave es la *liquidación del mercado de libre competencia*, supuesto fundamental de la ortodoxia económica, por la desaparición de competidores. De allí el predominio sobre los consumidores y los trabajadores que de ello se sigue. En la ciencia jurídica se habla de la lenta desaparición del *contrato clásico*, que supone la libre discusión de sus términos. Éste ha sido reemplazado por lo que denominan *contrato de adhesión*, en el que la parte más débil acepta los términos que impone la parte que detenta el poder. El *precio de mercado* puede pensarse como una forma del contrato económico. Otro aspecto no menor es la consecuencia de la acumulación del poder social, político y económico, en unas pocas manos: las de los gestores de esos enormes conglomerados, Poder que ejercen por encima de los Estados nacionales.

Debemos prestar atención a un tercer aspecto del proceso de concentración: *el avance de la planificación central como forma de organizar sectores enteros de la economía*, lo que representa una importante mutación del capitalismo del siglo XX. Para entender el alcance de esta afirmación hay que partir del hecho siguiente: *dentro de una empresa no hay mercado*. Dice el economista Luis de Sebastián<sup>28</sup> (1934-2011): «Las decisiones de asignar recursos físicos y humanos a usos alternativos en una u otra sección, división o filial de una empresa no se hacen por medio de un mecanismo de oferta y demanda, sino por un *proceso de planificación y ejecución* de las órdenes de la oficina central. Naturalmente, para tomar estas decisiones la autoridad central de una empresa se guía por lo que hacen otras empresas, sobre todo las que compiten con ella, y tiene en cuenta además lo que exigen los consumidores. En definitiva, la asignación de recursos dentro de una empresa es formalmente un proceso de decisión autoritario, como el de un régimen de planificación central».

La idea no es nueva, aunque no ha sido tenida debidamente en cuenta. Ya había sido señalado este fenómeno por Ronald Coase<sup>29</sup> (1910- ), a quien le otorgaron el premio Nobel de economía cincuenta años después de haberla hecho pública en 1924. En esa oportunidad demostró que «la empresa sustituye a las transacciones individuales del mercado cuando éstas se pueden organizar dentro de ella, para economizar costos de transacción». Dice Luis de Sebastián que Alfred Chandler<sup>30</sup> (1918-2007) en *La mano visible* describió el *managerial capitalism* «como un sistema en que la mano invisible del mercado ha sido sustituida por la visible de la planificación», y John K. Galbraith<sup>31</sup> (1908-2006) en su libro *El nuevo estado*

---

<sup>28</sup> Profesor de Economía en el ESADE de la Universidad Ramón Llull de Barcelona, vicerrector de la Universidad Centroamericana de El Salvador. Además, fue funcionario del Banco Interamericano de Desarrollo.

<sup>29</sup> Economista británico, encuadrado en la corriente del nuevo institucionalismo americano. Conocido por sus investigaciones en torno a los derechos de propiedad y los costes de transacción, fue galardonado con el Premio Nobel de economía en 1990.

<sup>30</sup> Fue profesor de la Johns Hopkins University y director del Centro de Estudios de Historia Contemporánea de América. En dicta Historia Comercial en la Harvard Business School, luego profesor emérito.

<sup>31</sup> Fue un economista estadounidense de origen canadiense. Su mayor preocupación fue analizar las consecuencias de la política económica en la sociedad.

*industrial* habla de un «sistema de planificación» refiriéndose al sistema de gobierno de las empresas multinacionales.

Agrega de Sebastián: «Pero las mutaciones del capitalismo no se acaban con la increíble desigualdad que presenciamos. También se están dando cambios sustanciales en la organización interna de las empresas, en la manera como se asignan los recursos en una economía de mercado con grandes empresas que compiten encarnizadamente por la dominación de los mercados mundiales». De lo cual se podría pensar que el libre mercado es una idea “para la gilada”, es decir para que creamos los pequeños hombres, los ciudadanos de a pie, que compramos todos los días algo para comer. El resto es economía planificada. Pero ¿cómo, no era que Marx se había equivocado?

Un caso histórico, que en las universidades no se lo analiza a fondo y que se ha convertido en un ejemplo de claridad de concepto ante el doctrinarismo dogmático, lo podemos encontrar en la presidencia de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), que tuvo que afrontar las consecuencias de esa experiencia nefasta que fue la crisis de la Bolsa de Nueva York de 1929 y la depresión económica posterior. El libre juego especulativo de los operadores financieros había desencadenado el derrumbe de Wall Street. La primera medida de gobierno fue limitar la libertad excesiva de los banqueros. Expresó una frase que hoy debiera recordarse: «Prefiero rescatar a los que producen alimentos que a los que producen miseria», en clara alusión al sistema financiero.

Entonces, el gobierno absorbió la gigantesca deuda de los agricultores y ganaderos, empezando a subsidiar al campo, para poner un poco de orden reparador del sistema productivo. La segunda acción de su gobierno fue la de promulgar la Ley Bancaria más revolucionaria de todos los tiempos. El senador demócrata Henry Steagall (1873-1943) era en ese momento presidente de la poderosa Comisión Bancaria del Senado y siempre estuvo apoyando a los agricultores y a los bancos rurales, que sufrían fuertemente los embates de la Depresión de 1929. La respuesta ante la situación fue la aprobación de ley que elaboró con el senador Carter Glass (1858-1946), ley que lleva sus nombres, ley Glass Steagall o Ley Bancaria del 16 de Junio de 1933. Por ella se efectuó un reordenamiento del sistema financiero.

La defensa de los intereses de los grandes capitalistas lanzados a una carrera loca por las ganancias terminó en la quiebra de la bolsa y la depresión de la década de los treinta. Esa fue una dura enseñanza que aprendieron el presidente Roosevelt y sus contemporáneos: «no se puede dejar libre al zorro dentro del gallinero». Él siempre creyó que un sistema bancario basado en la especulación era perjudicial para el Sistema de la Reserva Federal (Banco Central de los EEUU). Dispuso, entre otras medidas, la separación entre la banca de depósito y la banca de inversión (bolsa) y prohibió a los banqueros acceder al mundo de la especulación bursátil. Esa legislación fue eliminada por el Consenso de Washington, lo cual abrió el camino a una nueva crisis en el 2007/8.

Roosevelt, uno de los mejores presidentes de los Estados Unidos, actuó con gran prudencia y celeridad para contener la primera gran crisis financiera, de consecuencias internacionales, sin atenerse a las doctrinas del libre mercado, Intervino el sistema y lo reordenó con normas restrictivas, lo cual le permitió (con ayuda de la Segunda Guerra) recuperar la economía de su país.

\*\*\*\*\*

## *La concentración económica frente al libre mercado*

Nos han acostumbrado desde hace mucho tiempo a hablar *del mercado, de sus logros, de sus límites y de sus contraindicaciones*. Esto tuvo su contraparte en las denuncias y críticas de la intromisión del mercado (por medio de las privatizaciones) en sectores sociales: salud, educación, pensiones, correos, comunicaciones, desarrollo económico, etc. Esto nos obliga a pensar que se debe replantear el libre mercado, tal cual se practica hoy, porque su lógica ha ido demasiado lejos, dado que se nos ha metido en todos los campos de la vida y ya podemos comprobar sus consecuencias. Esto reactualiza el papel normativo que debe recuperar el Estado nacional.

Hoy debemos llegar a la conclusión de que la defensa del neoliberalismo como doctrina y como proyecto, dice de Sebastián *«es una cortina de humo para ocultar el avance de la planificación central»*, que practican los grandes monopolios que resultan de las fusiones y adquisiciones de las últimas décadas. Parece que hemos caído en el engaño que nos tendió el neoliberalismo. Al rescatar la vieja doctrina liberal de la defensa del individuo, que tuvo su razón de ser ante la omnipresencia arbitraria del estado absolutista, de siglos atrás, creímos sumarnos a la defensa de las libertades individuales, que se expresaban, según la actualización de esta doctrina.

La estrategia fue astuta: *se defiende la eficiencia del mercado en la asignación de los recursos para dar la impresión que se lucha por la competencia, pero en realidad se trata de tapar el hecho de que se está reduciendo la competencia y destruyendo el mercado*. El mercado y la competencia se están destruyendo en la medida en que se consolidan los enormes monopolios, las megacorporaciones, que están surgiendo ante nuestros ojos. Mientras discutimos con los apologistas del mercado, no nos ocupamos de quienes lo están destruyendo. El economista de Sebastián propone en las siguientes tesis el estado actual del mercado internacional, escenario de la concentración del poder, en todas sus variantes, económico, político y su incidencia en lo social:

*Las relaciones de los conglomerados empresariales con los gobiernos y otras administraciones públicas están cambiando. Sobre todo en la cuestión de los impuestos, que se les sustrae a los estados a la vez que se echan nuevas cargas (los despidos masivos) sobre el sector público. Creo que debemos pensar desde este escenario de hoy el tipo, el momento y la cantidad de problemas a pensar y resolver.*

\*\*\*\*\*

## *El poder concentrado*

Hablar en abstracto o en general de la concentración económica no permite visualizar la dimensión del problema que se cierne sobre el planeta. Veamos que se dice de este proceso. Podemos leer cuáles son las empresas multinacionales más grandes según nos cuenta una fuente insospechable: el *Financial Times*<sup>32</sup> del 27 de mayo de 2004. Allí se afirma que EE UU es el poder dominante en términos absolutos y relativos: cuenta con 227 (45%) de las 500 empresas multinacionales más importantes, seguido por Europa Occidental con 141 (28%) y Asia, 92 (18%). Estos tres bloques regionales controlan el 91% de las principales multinacionales del mundo. Cabe agregar que una parte importante de las operaciones comerciales se realizan entre ellas, es decir entre economías planificadas.

---

<sup>32</sup> Periódico internacional de negocios. Está considerado un diario de gran prestigio y en los años recientes se ha convertido en el periódico de calidad más vendido en el mundo.

La consecuencia de todo este proceso comercial arroja los siguientes resultados: según el reporte anual de la revista Forbes, basado en la cotización de sus acciones en las bolsas de todo el planeta, para el 2004 «el valor neto de los haberes combinados de las 691 personas que hoy aparecen como dueñas del mundo asciende a 2,2 millones de millones de dólares (o 2,2 billones españoles o 2,2 trillones estadounidenses). Esta suma fantástica de casi 700 sujetos supera en 300 mil millones los haberes combinados de sus 587 antecesores del año anterior. Es decir, el enriquecimiento de quienes poseen más de mil millones de dólares cada uno en todo el mundo equivale a la mitad del déficit fiscal de Estados Unidos. El trasvase de dinero crea ahora más dueños que cada año poseen más dinero».

Habíamos hablado antes de que la concentración económica que es, al mismo tiempo, concentración de poder. Leamos algunos análisis que nos ofrece John K. Galbraith: «Las grandes corporaciones cuentan con más presupuesto que cualquier otra nación del planeta. Tienen su propia seguridad y policía privada; su propia infraestructura y territorio controlado. También cuentan con el acceso seguro a los servicios públicos e incluso a sus plantas generadoras de energía eléctrica. Se están adueñando de los recursos estratégicos de los países como el petróleo, agua, gas, biodiversidad, aire, mar y tierra. En el modelo corporación-nación las transnacionales están por encima de los gobiernos nacionales cuyas políticas no deben contradecir sus intereses. Para ello están logrando que los gobiernos nacionales modifiquen sus constituciones y leyes internas para que se ajusten a la estructura de la economía mundial diseñada por ellas».

Estas mega-corporaciones se mueven en el mundo político y económico con la seguridad que les ofrece el poder acumulado que detentan. Es ya una verdad inocultable que entre las 100 principales economías del mundo, 51 son corporaciones y 49 son Estados nacionales. Las corporaciones transnacionales controlan el 70% del comercio mundial. Nos queda para el resto de los 6.000 millones de habitantes pelearnos por el 30% restante, teniendo en cuenta que la mayor parte de ese 30% pertenece a los no tan ricos.

Entre las ocho transnacionales más grandes del mundo se encuentran General Motors, Wal-Mart, Ford, Chrysler, Mitsui, Mitsubishi, General Electric y Shell. Si Wal-Mart fuera un país independiente, sería el octavo socio comercial de China. Su influencia en los países es tan grande que puede incidir económica y políticamente en ellos. Wal-Mart ocupa el lugar 19 de las 100 mayores economías del planeta, superando a Suecia, Noruega y Arabia Saudita. Es la mayor compañía de ventas directas al consumidor en Estados Unidos, es decir, el lugar donde vamos los *consumidores de a pie* (porque hay los *consumidores mayoristas* uno de los cuales es precisamente Wal-Mart).

Se puede comprender ahora cómo y cuánto nos han engañado. Podríamos repetir a coro con Discépolo: «Me he vuelto pa' mirar y el pasao me ha hecho reír... las cosas que he sueño, ¡me cache en Dios, qué gil!»

\*\*\*\*\*

## *Mercado sí, pero hasta cierto punto*

El problema que debemos enfrentar es el siguiente: ¿Hasta qué punto el mercado libre es libre? Porque se puede leer pilas de libros que sostienen que: «la demanda y la oferta se adaptan la una a la otra mutuamente para determinar los precios». Pero en la realidad lo que sucede es que los consumidores se adaptan tanto a lo que produzcan las empresas como a los precios que ellas impongan. Los precios en realidad no son fijados espontáneamente por el equilibrio entre la oferta y la demanda, si no de forma

vertical por las propias empresas, dependiendo del control que tengan sobre los mercados, mediante monopolios, carteles<sup>33</sup> o poder político, o garantías de alta demanda. Además, y esto no aparece en los libros de economía, la oferta incluye productos que no deberían producirse desde consideraciones éticas, de salud o medioambientales.

De hecho, la demanda solo representa las “necesidades” de consumo en la medida en que los ingresos del consumidor o su capacidad de endeudamiento los coloque en “capacidad” de consumir. Razón por la cual la economía sólo se ocupa de la «demanda solvente», la otra demanda, la de los que no disponen del dinero necesario para pagar, una gran mayoría, no está incluida en la problemática económica. Entonces, los recursos no son utilizados eficientemente porque la oferta no está guiada por necesidades de consumo reales sino por las políticas de las empresas en maximizar sus ganancias, a partir de las cuales se decide qué es lo que va a producir.

Por otra parte, la competencia del mercado obliga a las empresas a concentrarse en la acumulación de ganancias para poder sobrevivir. Y la manera más fácil de hacerlo es reduciendo o externalizando<sup>34</sup> sus costos. Los primeros afectados son los salarios y las condiciones de trabajo. Lo otro externalizable es nuestro medioambiente, cuyos costos de deterioro no son asumidos por las empresas. También los consumidores padecen esta externalización al disminuir la calidad y cantidades de productos necesarios o sufrir aumentos de precios, muchas veces ocultos tras la oferta de menores cantidades en sus envases. Es posible intentar resolver estas fallas del mercado estableciendo regulaciones como estándares de calidad y cuidado al medioambiente, cuotas de producción y control de precios, o más sutiles mediante políticas financieras, impuestos o subsidios. Pero estas medidas, además de que son muy costosas de implementar, sobre todo cuando no hay una cultura de acatamiento a las reglas, no son efectivas porque van contra la idea de aceptación generalizada de que el Estado no debe intervenir porque deteriora el mercado.

Cuando las empresas operan bajo relaciones mercantiles, por su propia definición, donde cada parte busca maximizar su beneficio propio, el objetivo primero de los administradores es *aumentar al máximo sus ganancias*. Esto se ha convertido en una verdad revelada que no debe ser puesta en duda, según los cánones académicos. La lógica de su motivación les lleva a tratar de evadir cualquier regulación o compromiso social que disminuya sus ganancias. Aún en el caso en que los administradores fuesen altruistas e intentaran acatar las regulaciones, lo más probable es que el mercado no les permitiera castigándolo con una reducción de sus ventas, o su eliminación. Y esto sería entendido como un problema de ineficiencia de esa empresa.

Por tanto, el rechazo al mercado como único instrumento de correcta asignación y distribución de recursos no es ni dogmático ni simplista, sino una posición que refleja un entendimiento objetivo de su funcionamiento. Lo dogmático y simplista es no reconocer que el mercado tiene aspectos negativos y positivos. Del mercado, podemos tomar como concepto su descentralización u horizontalidad que permite que los agentes económicos estén mejor informados y tengan mayor autonomía, siempre y cuando estas reglas se cumplan. Pero debemos rechazar su tendencia a la monopolización como ya hemos visto. Para ello es necesario la intervención estatal: como ejemplo la Ley Clayton Antitrust fue una ley federal aprobada en Estados Unidos en 1914, para remediar las deficiencias en la ley antimonopolios Sherman

---

<sup>33</sup> Convenio entre varias empresas similares para evitar la mutua competencia y regular la producción, venta y precios en determinado campo industrial.

<sup>34</sup> Acción por la cual las empresas trasladan sus costos o prejuicios hacia el exterior de ellas. Un ejemplo claro es el daño ambiental.

Antitrust de 1890, la primera ley federal en contra de prácticas empresariales que perjudicaran a los consumidores.

\*\*\*\*\*

## *Dos pilares del mercado: consumismo y publicidad*

De los temas que hemos estado pensando, en los cuales aparecen los inconvenientes derivados del libre juego empresario, sobresalen dos que debemos analizar: el problema ecológico que se deriva del consumismo y otro, colateral, la publicidad. Sobre el primero se viene debatiendo desde la década de los sesenta en la que se elaboró un importante concepto a partir del Informe del Club de Roma (1972). Leonardo Boff nos dice que: «La categoría *sostenibilidad* proviene del ámbito de la biología y la ecología. Significa la capacidad que un ecosistema tiene de incluir a todos, de mantener un equilibrio dinámico que permita la subsistencia de la mayor biodiversidad posible, sin explotar ni excluir». Como se ve, *sostenibilidad* y mercado se niegan mutuamente; no combinan los intereses de la producción humana con los intereses de la conservación ecológica; al contrario, se niegan y destruyen.

Lo que se necesita es una sociedad sostenible que se dé a sí un desarrollo que satisfaga las necesidades de todos. Que el planeta sea sostenible y pueda mantener su equilibrio dinámico, rehacer sus pérdidas y mantenerse abierto a ulteriores formas de desarrollo. El informe Brundtland de la ONU (1987) apuntaba sobre el tema: «Es aquel tipo de desarrollo que satisface las necesidades de la generación actual sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas». Se trata de un cambio radical respecto a los modelos de desarrollo imperantes en la actualidad totalmente insolidarios, en los cuales los países desarrollados consumen cada vez más recursos, materias primas, energía... generalmente a costa de los países más desfavorecidos, aumentando las diferencias.

El problema radica en el concepto mismo de mercado libre. ¿De qué tipo de libertad estamos hablando? La experiencia demuestra que de una *libertad sin límites*, es decir que no haya ninguna norma que lo trabee. Si no hay normas se trata de una libertad anárquica, anómica, lo que equivale a la *ley de la selva*. En ella se impone la voluntad del más fuerte, ¿no es eso lo que está sucediendo? Cuando oímos a los economistas, que hablan en nombre de los poderosos, quejarse de las trabas al mercado nos recuerdan al zorro encerrado en el gallinero que se queja por la falta de libertad, mientras se come las gallinas.

El otro tema es el de los recursos a que apela el mercado para incrementar el consumo. Stuart Ewen<sup>35</sup>, en su trabajo *Captains of Consciousness* (puede ser traducido como *Capitanes de la conciencia*), afirma que en Estados Unidos, a partir de 1920, «los propietarios y los gerentes de las empresas se dieron cuenta que ya no bastaba con controlar a los trabajadores para asegurar la continuidad del sistema capitalista». Dado que los consumidores estaban jugando un papel muy importante, debían pasar a ser un objeto de control. «El primero de los mecanismos que permitía regular el comportamiento de la gente a la hora de comprar fue la publicidad. Mediante técnicas cada vez más sofisticadas, apoyadas en disciplinas como la sociología y la psicología, se desarrollaron las bases de una publicidad compleja y eficiente que "ayuda" a las personas en su cotidiana toma de decisiones».

---

<sup>35</sup> Historiador y profesor, dedicado al estudio de los medios de comunicación y la cultura del consumo. También es un distinguido profesor en Hunter College y la Universidad de la Ciudad de Nueva York, en los departamentos de Historia, Sociología y Estudios de Medios.



La globalización comercial y financiera mundializó también estas prácticas con la intención de extender al resto del planeta sus métodos. «Esa tendencia está poniendo en peligro las diferentes culturas autóctonas, conduciendo a la estandarización y a la homogeneización global: cada vez son más las personas que consumen en los nuevos centros de consumo y obtienen bienes y servicios de una forma idéntica, resultando ambas, los nuevos medios y el modo de satisfacer el consumo, netamente norteamericanos». Es importante recordar que los productos que nos exporta EEUU, reflejan un estilo de vida propio: están concebidos para encajar en el "american way of life" (modo de vida estadounidense), lo que muchas veces conduce a crear necesidades en el consumidor para poder sostener una forma de vida culturalmente ajena. La invasión "cultural" estadounidense alcanza así grados nunca antes imaginados.

\*\*\*\*\*

### *La ignorancia se enfrenta a los académicos*

Repasemos ahora el recorrido que ha hecho el pensamiento económico, puesto a la tarea de definir el o los objetos de la ciencia económica. Aceptemos, como sostienen algunos autores, que el inicio de esta ciencia debe coincidir con la publicación de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, 1776. Recojamos entonces lo que este autor dice respecto de este tipo de conocimiento que debe ser «una de las ramas de la ciencia del legislador o del estadista», con lo cual le otorga un status predominantemente político. Este conocimiento debe apuntar a dos objetos: «El primero, suministrar al pueblo un abundante ingreso o subsistencia, o, hablando con más propiedad, habilitar a sus individuos y ponerles en condiciones de lograr por sí mismos ambas cosas; el segundo, proveer al Estado o República de rentas suficientes para los servicios públicos. Procura realizar, pues, ambos fines, o sea enriquecer al soberanos y al pueblo»

El centro de la cuestión para esta ciencia, según Smith y como corresponde a todo buen cristiano puritano, es satisfacer las necesidades del pueblo, nos queda por saber qué es pueblo para él, para cuyos fines también debe recibir el Estado una parte como contribución a esos mismos fines: educación, seguridad, salud, etc.

Cincuenta años después el financista David Ricardo<sup>36</sup> (1772-1823) coloca el énfasis en otro punto. Ya no se piensa en la obtención de riquezas para satisfacer “al soberano y al pueblo”, sino en cómo se distribuyen esas riquezas: «El producto de la tierra se reparte entre tres clases de la colectividad: el propietario de la tierra, el dueño del capital necesario para su cultivo y los trabajadores que con su trabajo cultivan... Determinar las leyes que gobiernan esta distribución es el principal problema de la Economía Política». Si el problema de Smith era el pueblo, en Ricardo en cambio aparece la necesidad de definir las leyes de la renta del capital. Se ha dado un paso hacia delante en la precisión de una ciencia que se va corriendo de su objeto primero.

Ya sobre mediados del siglo John Stuart Mill<sup>37</sup> (1806-1873) nos dice que es: «La ciencia que describe las leyes de aquellos fenómenos de la sociedad que se originan en las operaciones continuadas de la humanidad para la producción y distribución de la riqueza en la medida en la que esos fenómenos no quedan modificados por la persecución de otro objeto». ¿De cuál otro objeto...? Del pensamiento de un

---

<sup>36</sup> Fue un economista inglés, miembro de la corriente de pensamiento clásico económico, y uno de los más influyentes junto a Adam Smith y Thomas Malthus.

<sup>37</sup> Economista, lógico y filósofo británico. Fue considerado históricamente como un representante tardío de la escuela clásica inglesa.

financista pasamos al de un industrial que coloca el centro del problema en la producción para luego distribuir, pero ¿será demasiado sospecha pensar que la distribución es ya sólo un tema comercial? Con Alfred Marshall<sup>38</sup> (1842-1924), nos encontramos ya a fines de siglo, con una referencia al individualismo del Imperio británico: «Examina aquella parte de la acción individual y social que se relaciona más de cerca con la obtención y el empleo de los requisitos materiales del bienestar».

El premio Nobel ya citado Paul Samuelson junto al economista William D. Nordhaus<sup>39</sup> (1941- ), en un manual editado en 1996, de uso casi obligado para todo estudiante de economía, definen: «La economía es el estudio de la manera en que las sociedades utilizan los recursos escasos para producir mercancías valiosas y distribuirlas entre los diferentes individuos». Como se puede apreciar desaparecieron el pueblo y el estado, ahora es sólo el estudio de cómo se produce, lo que es un eufemismo para no nombrar las empresas, sobre todo las mega-empresas, que hacen mercancías, no bienes materiales, en tanto se las elabora con el exclusivo fin de ser enviadas al mercado (por ello son mercancías), para su distribución que estará a cargo de empresas comerciales.

\*\*\*\*\*

## *Economistas o filósofos*

No debe sorprendernos lo leído hasta aquí. Es sencillamente el reverso de la *historia oficial*, esa historia que no nos la cuenta la escuela: la historia de la explotación del trabajo humano. Esta historia tampoco se cuenta, por lo general, en las universidades en las que se cursa economía. George Bernard Shaw (1856-1950), escritor y dramaturgo irlandés, dijo: «He perdido catorce años de mi formación por ir a la escuela» y Enrique S. Discépolo (1900-1950) ironizaba: «¡Ya nadie comprende si hay que ir al colegio o habrá que cerrarlos para mejorar!». Me he detenido en Hegel y luego en Marx por la trascendencia que han tenido sus pensamientos, debido en gran parte a la agudeza, a la penetración en la comprensión de la problemática social y en el atrevimiento para decir las cosas. Estaban tan seguros de lo que decían que no tenía reparos en mostrarlo. Ello no significa que no hayan tenido que pagar, como todos, un precio a las limitaciones históricas, pero la sagacidad les permitió ver lo que a muchos se les ocultaba, aún hoy.

No me extrañaría oír a algún *inteligente* decirme: “Pero el tema ¿no era la economía?, ¿qué tienen que decir, entonces, los filósofos?” Debería recordarle a esa persona que a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX eso que hoy denominamos *ciencias sociales* no se habían inventado todavía. Por otra parte la economía llevaba adosado, como dije anteriormente, el calificativo de *política*. Por lo tanto, era una parte del saber sobre la sociedad toda, y en ese sentido tanto Smith, como Hegel, Ricardo o Marx la pensaron en esos términos, es decir, filosóficamente. Además la palabra economía la acuñó otro filósofo, Aristóteles (384-322 a.C.), de allí que Alberto Wagner de Reyna<sup>40</sup> (1915-2006) sostuviera que: «Economía no es un tecnicismo del lenguaje que hoy llamamos económico. Tiene su origen semántico en *oikos*, que significa casa, domus, y en *nomos* que alude a regla y ordenamiento. Economía es nada más, y nada menos, que el buen ordenamiento de la casa: *la legalidad casera o domiciliar*».

---

<sup>38</sup> Economista británico profesor en Cambridge y University College, en Bristol en Gales, posteriormente la universidad de Bristol.

<sup>39</sup> Es un destacado economista estadounidense egresado de la Universidad de Yale, de la cual es profesor.

<sup>40</sup> Fue un diplomático, abogado, filósofo, historiador y escritor que consagró su existencia al servicio de la cultura y de la política exterior peruana.

Aristóteles pensaba la economía como la ciencia de la administración de los bienes familiares. Debe entenderse que la Atenas de entonces tenía en la casa el centro de producción de los bienes para satisfacer las necesidades de la familia. A la cabeza de la organización familiar estaba el *padre*, al que le debían obediencia *esposa e hijos*, y como trabajadores los *esclavos*. En una sociedad patriarcal y esclavista esa era la estructura. El correcto manejo de ella exigía el conocimiento de la *ciencia administrativa*, la *economía*. Dice Wagner de Reyna: «De inmediato surgen varias preguntas: ¿Qué es una casa? ¿De dónde viene su ordenamiento y en qué puede consistir? ¿Qué relación tiene con el hombre, que se supone la habita? ¿Es la casa algo que existe previamente y donde viene a habitar el hombre o es éste quien, morando en ella, la construye en eso que es: una morada?».

Si los que se dedican a estudiar, investigar, escribir y enseñar lo que hoy se llama *economía* se hicieran cargo de estas preguntas, que trasladadas al mundo de hoy debiéramos reemplazar la palabra casa por la palabra nación, y hombre por pueblo, tal vez lograrán pensar su ciencia a partir de las condiciones particulares que la historia le ha asignado a cada pueblo y/o nación. No nos encontraríamos frente al absurdo de tener que pensar una *ciencia universal* en vez de pensar *la ciencia de la administración de nuestro pueblo* dentro del marco de *nuestra nación*.

\*\*\*\*\*

## *Las economías de la casa-pueblo*

Estamos tan acostumbrados a la idea de una *ciencia universal*, entendiéndolo por ello un saber cuya validez rija para todo tiempo y lugar, por la vigencia de un paradigma de difícil discusión hoy: la física. Atentar contra él suena a disparate. Si bien, dentro del ámbito de los fenómenos físicos y químicos, esto es parcialmente aceptable, no lo es para fenómenos que se producen dentro de las sociedades humanas. El aproximarse a ellas para su estudio debe partir de aceptar la *personalidad* (la cultura) de cada una de ellas. Hago un uso abusivo del concepto personalidad para dar a entender que, así como cada ser humano es el resultado de su historia, entrelazada por los hechos que se han dado, en su historia de vida, en su familia, en su psiquis y en su biología, etc., también cada pueblo puede mostrar un recorrido similar que debe ser respetado para identificarlo como tal. Para estas particularidades se postula la necesidad de una *economía nacional*. Reducirlo a un conjunto de datos y variables resulta una amputación inaceptable que sólo conduce a la peor de las ignorancias: *la de los que saben*.

Siguiendo la exposición de Wagner de Reyna leemos: «La casa está sujeta a normas: por lo pronto, los hábitos, costumbres, *ethos*<sup>41</sup>, que difieren de hogar a hogar; también las convicciones morales, que puede acatar la mayoría de la comunidad y otros desafiar. Tienen por meta hacer la vida más digna de ser vivida. Otras pautas son impuestas por la naturaleza de las cosas, las vicisitudes de la historia, la geografía o la meteorología y, si se quiere, el destino, y entonces para vivir mejor es aconsejable acomodarse a ellas, conocerlas, tratar de aprovecharlas o esquivarlas, en vista del bienestar general o individual y del sentido de nuestra vida». Volvamos a hacer la conversión de casa a nación, de persona a pueblo, y encontraremos un camino abierto al estudio y comprensión de lo social, en su especificidad económica.

---

<sup>41</sup> Ethos es una palabra griega que puede ser traducida de diferentes maneras: 'punto de partida', 'apariencia', 'inclinación' y a partir de ahí, 'personalidad'. Es la raíz de términos como ética o etología. Según la Academia: "Conjunto de rasgos y modos de comportamiento que conforman el carácter o la identidad de una persona o una comunidad".

Siguiendo este camino, señalado por la sabiduría, nos encontramos con las particularidades de otros pueblos, con los que es necesario y deseable entablar relaciones fraternas, para reconocernos como personas diferentes con la misma dignidad. Todo ello debe estar sometido «a dichas normas y ordenamientos. Y a eso, precisamente, se le llama “economía”». Esta economía debe reconocer que «la vida entretiene los diversos aspectos de ella, que en su recíproca referencia la constituyen. La base sustentadora es material, indispensable pero no suficiente para la sociedad». Las ideologías liberales, incluido un marxismo dogmático, ha hecho de esta base la razón de la totalidad de la vida de la casa (pueblo). La experiencia mundial nos ha mostrado que tanto la sociedad soviética como el capitalismo liberal se sostuvieron por la misma ideología: la Economía (con mayúscula) que no admite otras ideas, es el *economicismo*.

Como la casa (pueblo) sus diversos ámbitos requieren de conocimientos específicos, que por momentos se tornan complementarios o contradictorios, el arte de la conducción de este organismo debe reconocer la existencia de tres dimensiones de temas que deben ser armonizados: «Las denominaremos: a) gracia, b) historia y c) economía. Cada una de ellas tiene su “verdad”, tienen significaciones y campos de aplicación diferentes. Tenemos así una *economía de la gracia*, una *de la historia*, o de *la vida*, y una *economía “económica”* que en el lenguaje popular, y de la *ciencia económica*, se ha adueñado del nombre genérico».

\*\*\*\*\*

## *La ciencia y la sabiduría*

No es extraño que todo lo dicho suene como una música extraña. Es necesario habituarnos a pensar desde lo humano, y no al revés. Nuestros gauchos acostumbran a decir que “algunos puebleros atan el caballo detrás del carro”. Wagner de Reyna nos ilustra: «Desde el Renacimiento toma el hombre conciencia, más agudamente que antes, de su pertenencia al mundo físico, y a este mundo físico lo somete, para mejor manejarlo, a una creciente cuantificación y matematización. No es de extrañar que a través de la matematización, integrada en el ámbito de la ciencia y de la tecnología, la Economía –es decir la economía económica- haya ido ganando prestando e influencia en la casa del hombre [la Nación]. Y por este camino llegamos al *homo oeconomicus*».

Ahora estamos en condiciones de liberarnos del yugo de la *economía económica*, o la menos de intentarlo, para repensar cotidianamente el fárrago de información cuantificada que vuelcan sobre nuestros ojos y oídos los medios de comunicación. Y ese perorar desde el *púlpito mediático* les otorga un halo de superioridad a su saber que los pone en la categoría del *saber de los fundamentalismos*. Dice nuestro autor: «La sociedad moderna es globalizante: no sólo busca someter el planeta entero a su economía, pues es necesaria la permanente ampliación del mercado, sino que impone su estilo de vida, sus valores –entre ellos los de la bolsa- en todas las latitudes. El progreso es reducido al progreso material que tiene ciertos valores extrabursátiles, subsidiarios y subsidiados: culturales, vistos a la luz de la Economía».

Esta economía, que decide la paz y la guerra, marcha sin tener en cuenta al hombre, invade otras funciones, deshumaniza el hábitat al convertirlo en *mercancía*. Se hace dueña de la cultura occidental abandonando sus raíces cristianas y humanísticas. Habla de la democracia del mercado, a que es reducido todo tipo de libertad, pero abre las puertas de él sólo a los que poseen poder de compra: *dinero*. Por este camino hemos llegado a este principio del siglo XXI que nos muestra que: «A causa de la desvinculación creciente entre producción de bienes y servicios, de un lado, y trabajo, del otro, es decir del automatismo

industrial, unido a la libre concurrencia en el mercado y su globalización, la Economía crece y prospera sin que el trabajo acompañe su evolución».

Este panorama nos empuja a pensar, si proyectamos al infinito la tendencia imperante, que en la cúspide del desarrollo capitalista encontraríamos a una clase pequeña riquísima que obtendría fortunas de la producción de los robots. Una inmensa masa de desocupados se mantendría del lado exterior del muro del mercado muriendo de inanición. ¿Es una fantasía loca o un futuro previsible? Este es el camino que se proyecta desde la actualidad del saber de las ciencias.

Pero, sin embargo, en el corazón de los pueblos, sobre todo en nuestra América india, mestiza, negra, ibérica y criolla, late una vieja sabiduría que tiene dos vertientes: la indoamericana y la judeocristiana que nos recuerda que “la economía se ha hecho para el hombre y no el hombre para la economía”, parafraseando al Maestro de la Galilea. Esta advertencia milenaria nos coloca en el sendero de buscar un pensamiento más abarcador de la totalidad de lo humano: “Todo lo humano y todos los humanos”.

\*\*\*\*\*

### *La melancolía de mi ignorancia*

Creo que debe haberse notado que, en la medida en que intentaba saber algo sobre la economía, me fui volviendo más serio y concentrado. Es que comencé mi tarea con la esperanza de poder dar un paso hacia fuera de mi ignorancia y que ello me brindara la satisfacción que se espera lograr cuando uno aprende cosas. Pero, el resultado, debo confesar, me ha deprimido un poco. Creí que mi ignorancia me privaba de conocimientos que iluminarían mi mente: *me encontré con lecturas que me ahogan en la tristeza*. Porque descubro que junto con los autores que acuñaron las doctrinas que todavía están vigentes, “casas más, casas menos”, también hubo mentes brillantes que advirtieron que el festival que se iniciaba daba cabida a unos pocos. Además que para el resto el panorama se tornaría cada vez más negro; que aquellos primeros nubarrones no eran más que el inicio de una tormenta que arrasaría con las expectativas de los restantes.

Todo esto se fue agravando en mí cuando descubrí que hay economistas que no sólo no comparten la ortodoxa doctrina, sino que agregan a ello que en casi todas las universidades del mundo sólo se cursan materias dispersas sobre el mismo tema. Estas materias en conjunto, fragmentariamente, muestran el mundo desde una realidad parcial que oculta la posibilidad de entender el sistema económico que nos consume. Esta fragmentariedad impide al alumno acceder a la posibilidad de estudiar desde un pensamiento más analítico, más profundo, más abarcador, y que desde su criticidad permita denunciar estos impedimentos.

Si bien, gracias al acompañamiento de mi viejo maestro, pude acceder a lo escrito por los filósofos que hemos visto, ninguno de ellos, así como tantos otros pensadores, historiadores, políticos, son leídos en las carreras de economía y, hasta me atrevería a afirmar, ni siquiera existen en sus bibliotecas. Tal es la cerrazón mental, acompañada por la imposición de los académicos y los intereses de los dominadores del mundo. Además la financiación accesible que ofrece el Banco Mundial (además de otras Fundaciones) es accesible para los que se especializan en temas acordes al pensamiento imperante, por la dependencia que se ha establecido entre los economistas y las grandes empresas internacionales. Por ello la especialidad está sumida en una melodía monocorde y un lenguaje cargado de anglicismos de una pobreza que asusta. Y, para deprimirme más, siguen sosteniendo que es una *ciencia social*.

Recordando a Discípulo lo parafrasearía así: “Ya no se sabe si hay que ir a la universidad o hay que cerrarla para mejorar”. Porque en la “vidriera de los cambalaches” junto a la Biblia, se pueden encontrar

muchos otros libros que también “lloran heridos por un sable sin remache”, aunque sospecho que estos sí tienen remaches, acorazados y misiles.

El sabio e ignorado Nicolás Krebs<sup>42</sup>, más tarde Cardenal de Cusa (1401-1464), nos legó unas reflexiones que él denominó *La docta ignorancia* en las que sostenía que «el saber es un ignorar» y que de no saber esto se corre el riesgo de creer que se sabe. Por ello advertía que «así como la enfermedad deforma el gusto, la opinión infundada perturba el razonamiento» y esto viene a cuento porque un premio Nobel, nada menos que Milton Friedman, sostenía «los supuestos son irrelevantes». Pero son, precisamente, los supuestos (lo sub – puesto, lo puesto por debajo) los que fundamentan el saber de la economía, y si estos no son debidamente revisados todo el edificio de esa ciencia puede tornarse falso. La negativa a revisarlos diferencia a *este científico* de *aquel sabio*. Mi ignorancia está muy lejos de ser “docta”, pero es una humilde ignorancia.

\*\*\*\*\*

## ¿Puede haber dos ciencias?

Lo que me fue quedando claro es que la ciencia económica, tal cual la conocemos hoy, es el resultado de la necesidad de comprender y explicar cómo funcionaba, y funciona, la economía de la sociedad industrial: capital y mercado. También aprendí que esta sociedad se fue estructurando dentro de los moldes de una economía que legitimara la existencia del capital. Esto pretende decir que, a diferencia de la producción artesanal que la antecedió, por lo menos en el área de los países occidentales, la economía de escala exigía una cantidad de capital para poder ponerse en marcha. Esa cantidad fue el resultado de una serie de circunstancias concurrentes entre las que no fue menor la cantidad de oro y plata que nuestra América les donó generosamente.

Partiendo de ese fenómeno histórico, la acumulación de dinero en pocas manos, fue posible el salto que dio la producción industrial. Ello nos lleva a pensar que los pequeños talleres artesanales se vieron desplazado por la *arrolladora máquina* que estaba *compuesta por una gran cantidad de máquinas* produciendo simultáneamente. El artesano y sus ayudantes debieron recurrir al trabajo que ofrecía el gran taller para atender sus necesidades y, de paso, las del monstruo en marcha. Pero no alcanzaban para cubrir la cantidad de puestos que se habían creado, por ello, al incrementarse la demanda de mano de obra, comenzó a producirse una emigración del campo hacia las ciudades. Así se conformó el proletariado industrial típico de la Europa, aunque no sólo de ella, del siglo XIX.

Habían quedado frente a frente los dos protagonistas del drama que se fue desarrollando: el capitalista, señor panzón con reloj y cadena de oro, y el obrero industrial, de overol sucio y zapatones gastados. Estos dos actores tenían intereses contrapuestos, de modo tal que con el correr del tiempo reapareció en escena el *conflicto social*. Y este conflicto tenía dos componentes: uno, que el trabajo realizado estaba muy mal remunerado; dos, que los puestos de trabajo no alcanzaban para todos. *La pobreza* y *la desocupación* fueron las actrices de este drama.

Por ello creo que estos problemas, que no eran desconocidos en aquella Europa, y en otras partes del mundo, pero que adquirieron una dimensión incomparable con las experiencias ya vistas, preocuparon a los hombres de negocios y a aquellos que se dedicaron a pensar este conflicto. Aparece en escena, ahora, la

---

<sup>42</sup> Teólogo y filósofo, es considerado el padre de la filosofía alemana y, como personaje clave en la transición del pensamiento medieval al del Renacimiento, uno de los primeros filósofos de la modernidad.

primera actriz: *la economía política*. Ésta va a representar el papel de la conciliadora del drama intentando analizar los componentes del conflicto, tratando de proponer soluciones y ofrecer explicaciones de toda la trama de esta historia. Claro está, de una historia europea que tenía como escenario la sociedad burguesa de los siglos XVIII y XIX, por lo que era necesario reconocer es que ese era el encuadramiento del tema. Es decir, que había ciertos ingredientes que debían ser respetados: que los capitalistas eran capitalistas y que los obreros eran obreros, por lo que la propuesta, fuera la que fuese, no debía desbordar los marcos de esa historia.

Es cierto, y no puedo ocultar, que también descubrí que no todos los que se pusieron a pensar estos temas tuvieron el tacto y la precaución de hacerse cargo de los límites que había que respetar. Aparecieron anarquistas, socialistas y comunistas que pretendían cambiarlo todo. A partir de entender esto se me ocurrió una idea que me parece descabellada, pero no puedo dejar de pensar en ella: que pudiera haber dos ciencias económicas, una, que estudie cómo funciona esta sociedad y otra, que estudie como mejorarla.

\*\*\*\*\*

## ¿Cómo dos ciencias?

Me quedé pensando que no está mal que uno sea un ignorante, casi siempre veces es inevitable, pero en la medida en que lo reconozca y esté dispuesto a aprender. Pero, de allí a ponerse a inventar ciencias hay un largo camino. Sin embargo, siendo consciente de esto, me atreví a pensar en ello porque había descubierto que los grandes economistas que estuve tratando de estudiar, más los pensadores o filósofos sociales, exceptuando a algunos cuantos delirantes, no habían pensado en cómo se arreglan los dos problemas. Que tal vez sean uno solo, el de la pobreza y la desocupación. Un profesor de la materia, Manuel Fernández López<sup>43</sup> (1942-2013), sostiene que desde Adam Smith en adelante, todos, de un modo u otro, supieron que la economía capitalista producía y acrecentaba esos problemas:

«El capitalismo, que funcionaba sobre la base de la ganancia, contenida en el precio, sólo operaba para consumidores con solvencia para pagar los precios. Eso ya lo había notado Adam Smith. La novedad era su impotencia para dar empleo –y por tanto ingresos- para todos. El desempleo masivo (que empezaba a llamarse “paro forzoso”) segmentaba la sociedad en dos partes, una de las cuales se veía excluida del mercado, y con ello confinada a una condición miserable. La competencia por puestos de trabajo, aunque disciplinaba al trabajador y le hacía aceptar el salario más ventajoso para el empleador, era un mecanismo corrosivo de la solidaridad, al convertir a los miembros de una clase en enemigos mutuos».

El profesor nos está diciendo que el sistema capitalista funciona sólo sobre la base de obtener ganancias. Bien, esto no es una gran novedad, pero lo que no puede dejar de sorprender es la afirmación de que el capitalismo no tiene ninguna posibilidad de dar trabajo a todos. Lo que habitualmente oímos es que con mayor inversión se logra mayor cantidad de puestos de trabajos. Y esto, a pesar de que tiene sus bemoles, parece una verdad de *Perogrullo*. Lo que no se dice es que esa cantidad tiene un límite que le imposibilita dar trabajo para todos, porque al sistema le es esencial la existencia de una porción de *trabajadores desocupados*, sin los cuales se *evapora la ganancia*.

---

<sup>43</sup> En la UBA se desempeñó como profesor adjunto, titular y emérito. Integró la Academia Nacional de Ciencias Económicas y fue miembro fundador del Plan Fénix, un grupo conformado por académicos que se constituyó a fines de 2001 como una usina de ideas opuesta al neoliberalismo.

La otra afirmación es muy interesante: la escasez de trabajo *disciplina* al trabajador y le hace aceptar el salario que le impone su empleador, y esto *aumenta la ganancia*. Esto no es una verdad tan conocida, pero sí es una evidencia que las últimas décadas puso ante nuestros ojos con toda virulencia. La consecuencia que se sigue de ello es que la falta de puestos de trabajo genera una competencia por la obtención de uno que convierte a cada trabajador en enemigo de su compañero. Esto, es indudable, le da una *gran ventaja* a los empleadores pero su resultado aparece por el lado de la famosa “inseguridad”. Por ello dice el profesor que es un *mecanismo corrosivo* que atenta contra la solidaridad. Es decir, que no se puede construir una sociedad próspera y estable sobre la base de la exclusión de una parte de ella y lograr, al mismo tiempo, que los excluidos miren desde la tribuna como los demás viven.

El profesor nos recuerda la crisis de 1929 en los EE. UU. y la dificultad de dar alguna explicación o solución a ella, y afirma que salvo unos pocos economistas que comprendieron: «El resto de la profesión, tardó en tomar conciencia de la inutilidad de lo aprendido... y no logró nuevos resultados, ni menos servían para paliar una catástrofe». Y ¿entonces? Si una ciencia no sabe o no puede, se necesita otra complementaria.

\*\*\*\*\*

### *Pero cómo ¿Keynes ya lo sabía?*

Después de superado el turbulento siglo XIX, escenario de varias revueltas sociales que hicieron temblar el sistema capitalista, que se vio sacudido en su funcionamiento por crisis severas, aparece un economista brillante, de una inteligencia que no pasó desapercibida para sus contemporáneos. Fernández López dice de él que «fue el mayor economista político del siglo XX». Se trata de John Maynard Keynes<sup>44</sup> (1883-1946), conocedor profundo de lo que se había escrito sobre la materia. De su insatisfacción por las propuestas teóricas conocidas apareció su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* en 1936. Lo primero que puede sorprender es que su *Teoría* se ocupe en primer lugar de *la ocupación*, lo cual indica por donde circulaba su interés principal, acuciado por lo que estaba sucediendo.

Dice al comienzo: «He llamado a este libro *Teoría general de la ocupación el interés y el dinero*, recalcando el concepto *general*, con objeto de que el título sirva para contrastar mis argumentos y conclusiones con los de la teoría clásica, en que me eduqué y que domina el pensamiento económico, tanto práctico como teórico, de los académicos y gobernantes de esta generación igual que ha dominado durante los últimos cien años». Si en 1936 decía esto, debemos decirle ahora que por la regla imperante, *Consenso de Washington*<sup>45</sup> mediante, todo sigue igual, o peor. Los académicos siguen siendo tan cerrados como entonces y los gobernantes... mejor callar. Veamos como sigue.

«Sostendré que los postulados de la teoría clásica sólo son aplicables a un caso especial, y no en general, porque las condiciones que supone son un caso extremo de todas las posiciones posibles del equilibrio. Más aún, las características del caso especial supuesto por la teoría clásica no son las de la sociedad económica en que hoy vivimos, razón por la que sus enseñanzas engañan y son desastrosas si

---

<sup>44</sup> Economista inglés. Recibió una educación de elite en Eton y Cambridge, en esta última universidad fue profesor hasta su muerte.

<sup>45</sup> Se entiende por Consenso de Washington un listado de políticas económicas consideradas durante los años 90 por los organismos financieros internacionales y centros económicos, con sede en Washington D.C., como el mejor programa económico que los países latinoamericanos deberían aplicar para impulsar el crecimiento.



intentamos aplicarlas a los hechos reales». Ruego sean leídas más de una vez las líneas que acabo de citar. ¿Debemos entender que todo lo que se enseña en los centros del saber económico sólo sirve para un *caso especial*, y para mal de males éste no es el de la *sociedad económica en que hoy vivimos*?

Debo creer que, por ejemplo, los economistas del *Banco Mundial* y los del *Fondo Monetario Internacional* nunca leyeron esto, o si lo hicieron despreciaron lo que afirmó el *más grande economista político del siglo XX*. Porque hoy sabemos, con el cuero curtido por la dolorosa experiencia, que estas teorías *son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales*, excepción hecha de una pequeña porción de la sociedad. Me pregunto ¿qué ocurriría si en un laboratorio de física o química estuvieran experimentando con teorías similares a las que critica nuestro Keynes? Y no quiero pensar si con esos experimentos pretendieran hacer aplicaciones a la realidad. No faltará algún descosido que me diga: «Pero eso ya ha ocurrido». Bien dejemos las *ciencias serias* para no meternos en problemas mayores.

¿Se acuerdan de lo que decía Discépolo de las escuelas? ¿No deberíamos decir ahora algo parecido de las Facultades de Ciencias Económicas? El señor Keynes advirtió todo esto hace más de ochenta años y hoy se sigue enseñando, en parte, los contenidos generales de la economía clásica. Se podría aceptar que, así como se estudia en filosofía el pensamiento de Aristóteles, sin que a nadie se le ocurra sostener que porque el gran maestro lo dijo es cierto que los esclavos son una subespecie de hombres (o ¿algunos sostienen semejante barbaridad?), se estudiara en la *Historia del Pensamiento Económico* estas ideas bajo la advertencia de que ya han sido totalmente superadas. Entonces ¿es tan loco pedir otra ciencia?

\*\*\*\*\*

## *Los que importan son los que aman el dinero*

Después de recorrer más de trescientas páginas del libro de Keynes, la mayor parte de ellas de imposible comprensión para mi ignorancia, el autor llega a una conclusión descorazonadora, aunque valorable por la honestidad de su exposición: «Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos». Entonces, desde hace por lo menos ochenta años se sabe (dentro de la especialidad económica porque ya lo había adelantado un siglo y medio antes Hegel), que el sistema capitalista no puede resolver el problema de la ocupación plena, como el título ya anunciaba era su objetivo teórico. Además, (y esto también ya estaba en Hegel) la distribución de las riquezas es decididamente arbitraria, cuando no ilegal y hasta delincencial, que coloca en un extremo del abanico a una cantidad muy importante de gente al margen de los bienes producidos. Hoy se habla del 99% contra el 1% de ricos.

Sin embargo, en la década del treinta nuestro autor observa: «Desde fines del siglo XIX se ha logrado considerable progreso en la eliminación de las grandes diferencias de riqueza y de ingresos por medio de la imposición directa –impuesto sobre los ingresos e impuesto sobre herencias-, especialmente en Gran Bretaña». El profesor británico no menciona como posibilidad de esos avances a las luchas sindicales por conquistas laborales, el crecimiento de las organizaciones de trabajadores, el saqueo de riquezas a la periferia que permitió repartir un poco a los trabajadores del centro del sistema. Pero ello sería una pretensión exagerada para un Lord de la corte británica.

Él no duda que: «Muchos desearían llevar este proceso mucho más lejos, pero se lo impiden dos reflexiones: el temor de hacer de la evasión hábil un negocio demasiado atractivo». Su coraje no llega a tanto, es preferible seguir distribuyendo injustamente que provocar la evasión impositiva de los capitalistas, porque es más fácil aplacar el reclamo de los trabajadores que enfrentar a los poderosos del dinero y

exigirles desprenderse de una parte de sus importantes ganancias. Por otra parte dice flemáticamente Keynes: «Por mi parte creo que hay justificación social y psicológica de grandes desigualdades en los ingresos y en la riqueza, pero no para tan grandes disparidades como existen en la actualidad». No aclara cuánta es la *desigualdad aceptable* que pueda ser *justificada*. Porque lo que ronda en estas afirmaciones de nuestro autor es que el dinero y su acumulación, no importa cómo se haya conseguido, es un incentivo necesario para el funcionamiento del sistema.

Algunos delirantes utópicos han pensado que por medio de una educación en valores en los que se afirme la solidaridad, el compartir, el apoyo al más necesitado, se podría organizar una sociedad más justa y equitativa, pero la prudencia del profesor advierte que: «La tarea de transmutar la naturaleza humana no debe confundirse con la de manejarla; aunque en el estado ideal los hombres pueden haber sido enseñados, inspirados o educados de manera que no se interesen en tales apuestas, aún puede ser sensato y prudente para un estadista permitir que se practique el juego, bien que sujeto a reglas y limitaciones en tanto que el común de los hombres, o por lo menos una parte importante de la comunidad, se adhiera de hecho y fuertemente a la pasión de hacer dinero».

Pareciera que Maquiavelo le estaba asesorando desde las sombras. Podemos creer que hay hombres buenos, pero es sensato dejar a aquellos, que tienen una fuerte pasión por hacer dinero, que entren en el juego. Porque lo que es evidente es que éstos harán crecer a la sociedad, aunque no garanticen que distribuyan riquezas.

\*\*\*\*\*

## ¿Protección o librecambio?

Ya aprendimos que el sistema capitalista incentiva la acumulación de riquezas para que se multipliquen, todo ello en pocas manos. Durante el siglo XIX se pudo observar que este sistema era originador de miserias, cada vez mayores. La salida que habían encontrado los gobiernos de los países centrales era la *división internacional del trabajo* que había anunciado Smith. Nos dice Keynes: «Bajo el sistema de *laissez-faire* nacional [el libre mercado] no había medio disponible de que pudiera echar mano el gobierno para mitigar la miseria económica en el interior, excepto el de la competencia por los mercados; porque se desechaban todas las medidas que pudieran ayudar a un estado de desocupación crónica o subocupación intermitente excepto las que servían para mejorar la balanza comercial». Así las cosas otro camino no quedaba que salir a vender la producción nacional al exterior, mediante los *diversos métodos* que ya nos ha enseñado la historia.

Pero «los economistas estaban acostumbrados a aplaudir el sistema internacional que prevalecía» y esto siguió sucediendo hasta nuestros días. Repitiendo la doctrina aconsejan priorizar el mercado exterior porque suponen que de allí se volcará parte de lo obtenido hacia el interior. Esto, como todo el mundo lo sabe, es la *conducta habitual* de todas las multinacionales que *siempre se preocupan* por el bienestar de la clase trabajadora. El mercado interno se atenderá subsidiariamente. Desde el mundo noratlántico se aplaude a rabiarse a esos economistas. Nuestro autor reta a los gobiernos que se comportan de este modo: «Pero si bien las naciones pueden aprender a procurarse la ocupación plena con su política interna, no se necesita que haya fuerzas económicas importantes destinadas a enfrentar el interés del país con el de sus vecinos», suponemos que está hablando de los países industrializados.

Si se actuara del modo indicado: «El comercio exterior dejaría de ser lo que es, a saber, un expediente desesperado para mantener la ocupación interior, forzando las ventas», para mantener la ocupación y otras

yerbas. Sin embargo, «las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. El mundo está gobernado por poco más que esto. Estoy seguro de que el poder de los intereses creados se exagera mucho comparado con la intrusión gradual de las ideas. Tarde o temprano, son las ideas y no los intereses creados las que presentan peligros tanto para el mal como para el bien». No nos dice el mal o el bien para quiénes.

Sin embargo, su advertencia acerca del poder de las ideas dominantes en economía, que se tornan ideas políticas y que ocupan gran parte del cerebro de nuestros dirigentes, no debe caer en saco roto. Es suficiente observar con atención cómo hablan y escriben nuestros periodistas, los columnistas especializados que trabajan en los medios, el discurso de una gran parte de nuestros académicos, y como la *gente informada* repite religiosamente las verdades que manan de esas fuentes, para comprender el peligro que nos rodea.

Los políticos inteligentes han sabido siempre dónde se escondía la verdad. Contaba Arturo Jauretche<sup>46</sup> (1901-1974) que el general Ulises Grant<sup>47</sup> (1822-1885) respondió a los librecambistas de Manchester en estos términos: «Señores: durante siglos Inglaterra ha usado el proteccionismo, lo ha llevado hasta sus extremos y le ha dado resultados satisfactorios. No hay duda alguna que a ese sistema debe su actual poderío. Después de dos siglos, Inglaterra ha creído conveniente adoptar el libre comercio por considerar que ya la protección no le puede dar nada... Bien, cuando Norteamérica haya obtenido del régimen protector lo que éste puede darle, adoptará libremente el libre comercio».

\*\*\*\*\*

## ¿Doctrinas o intereses privados?

Después de recorrer páginas y más páginas, en las que corrió la tinta a raudales sobre los problemas de la economía, comencé a preguntarme qué relación se había ido dando entre todo ello y las políticas específicas que los hombres a cargo de Estados habían aplicado. De las páginas anteriores se puede deducir que ese maridaje estuvo muchas veces presente con diferentes resultados. Claro, dependiendo si esos Estados eran los industriales desarrollados o los que comenzaron a emerger tardíamente en el reparto del mundo. Recordando que Keynes nos había advertido respecto del *poder de las ideas económicas* se abre un interrogante sobre la medida en que se combinaron, tantas veces, el interés privado de los hombres de la política y el imperio de esas ideas. A pesar del respeto por la inteligencia del profesor Keynes me inclino a creer que más de una vez el *interés privado* prevaleció en las decisiones de la política económica.

De todos modos se debe admitir, después de haber leído algo sobre los temas expuestos, que aquellos dos siglos que el Gral. Grant mencionaba del uso del libre comercio por parte de Inglaterra dejaron en nuestra tierra huellas profundas que todavía no se han borrado. Decía Raúl Scalabrini Ortiz<sup>48</sup> (1898-1959) que «estamos sojuzgados por una voluntad tenaz y por una inteligencia de extraordinaria perspicacia. Estos

---

<sup>46</sup> Pensador, escritor y político argentino. Fundó FORJA (acrónimo de Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), que desarrollaría los lineamientos del nacionalismo democrático, opuesto a la vez al nacionalismo conservador de los sectores reaccionarios.

<sup>47</sup> Décimo octavo Presidente de los Estados Unidos. Después de una victoria en Chattanooga a finales de 1863, Abraham Lincoln lo nombró General en Jefe del ejército de la Unión.

<sup>48</sup> fue un pensador, historiador, filósofo, periodista, escritor, ensayista, y poeta argentino. Fue amigo de Arturo Jauretche y Homero Manzi, con quienes formó parte de FORJA.

valores humanos, puestos en juego por una potencia que como Gran Bretaña tiene simultáneamente tantos poderes materiales y tantos medios de acción en el seno de nuestra misma sociedad, debe desalentar, casi inevitablemente, aun a los mejor templados».

Y esto lleva una larga historia: «El 13 de octubre de 1828, lord Ponsonby escribía a lord Aberdeen “el gobierno de su Majestad Británica podrá orientar los asuntos de esta parte de Sud América, casi como mejor le plazca», tal era la certeza del dominio sobre estas tierras. Y Woodbine Parish<sup>49</sup> (1796-1882) podía agregar después: «Hasta las prendas de los gauchos, sus ponchos y sus lazos provienen de la Gran Bretaña». Esto es el resultado de la aplicación de la doctrina del librecambio, por la cual cada país debería producir lo que mejor hace y comprar el resto. Esto nos hace suponer que en el siglo XIX no habíamos aprendido todavía hacer ponchos ni lazos. Por ello les comprábamos a los ingleses, entre otras muchas otras cosas, prendas y utensilios de campo. ¿O mi deducción es ingenua e incorrecta?

Sin embargo, me corrige Jauretche al afirmar «el problema nuestro no es un problema de doctrinas económicas sino de sentido patriótico, de interés nacional, de responsabilidad ante la historia». Entonces lord Keynes no tiene tanta razón cuando afirma el poder de las ideas económicas. No es que éstas no lo tengan, lo tienen y mucho. Pero en nuestra historia, cubierta por el envoltorio de esas ideas, se infiltraron los más rastroso y mezquinos intereses privados que se impusieron como una ley de hierro por sobre las decisiones políticas a lo largo de gran parte de nuestra historia.

Y, para que quede claro cómo es esto, Jauretche agrega «otro general, al terminar la guerra del Paraguay dijo las siguientes palabras: “Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña a recibir la merecida ovación que el pueblo le consagre, podrá el comercio ver inscriptas en sus banderas principios que los apóstoles del librecambio han proclamado, para mayor felicidad de los hombres”». No tiene desperdicio, lo dijo el general Bartolomé Mitre<sup>50</sup> (1821-1806). Cuando lean La Nación recuerden quién fue su fundador, porque hoy sigue sosteniendo lo mismo, con el mismo cinismo.

\*\*\*\*\*

## *Las empresas tienen mucho poder*

Hemos estado analizando las consecuencias de las anomalías de la economía, tal como nos la presentan. Hemos visto cómo ella afecta el funcionamiento del *mercado libre*, hasta el punto de poner en duda si éste *realmente existe*. A pesar de todo ello la fuerte presencia de los medios masivos, con su mensaje repetitivo, oculta la verdad de lo que sucede en el mercado internacional. El diario Le Monde de París encargó una encuesta para medir la opinión del público europeo sobre las “bondades del mercado”. «Según una encuesta mundial realizada por IPSOS - según nos informa este diario- a 22.000 líderes de opinión de 22 países y que fue publicada el 2 de enero de 2008, tres cuartos de éstos estiman que las grandes empresas influyen demasiado en sus respectivos gobiernos». Esto corrobora que por encima de lo que los medios intentan imponer hay todavía un público atento, sobre todo en el nivel de ciertas dirigencias, al que no se le escapan los problemas que ha generado la libertad de mercado.

Preguntados sobre las medidas a adoptar ante las dificultades manifiestas, nos dice: «Casi igualmente numerosos son los que desean que el Poder Ejecutivo regule más la actividad de estos grupos nacionales o

---

<sup>49</sup> Fue un comerciante, diplomático y viajero británico. Sirvió como Diplomático Británico en Buenos Aires.

<sup>50</sup> Fue un político, militar, historiador, hombre de letras, estadista y periodista argentino; gobernador de la Provincia de Buenos Aires y Presidente de la Nación Argentina entre 1862 y 1868.

mundiales. Más de la mitad (52%) esperan incluso que los gobiernos las controlen». Comenta el periodista que «se ha podido verificar que los franceses tienen una buena posición en este ranking del antiliberalismo». Para nuestra sorpresa, o tal vez no tanta, afirma que en esto están «empatados con los argentinos, que son también los más numerosos en considerar que los grandes grupos son demasiado influyentes». Marca la diferencia con dos países que han quedado colocados en el polo opuesto: los polacos y los japoneses son los que menos manifiestan su oposición al mercado libre y no ven mal su funcionamiento.

Es muy interesante leer los comentarios de Le Monde al respecto: «La encuesta permite anticipar los riesgos sociales que deberán enfrentar las empresas y los Estados en el futuro. Revela que la influencia de los antiliberales podría ser creciente. En Francia, este hecho se debe en parte a razones históricas. Los franceses conservan la nostalgia de los "treinta gloriosos", período de reconstrucción posterior a la Segunda Guerra mundial y durante el cual la economía centralizada y planificada obró maravillas». Si bien en Francia encuentra razones para esta oposición se sorprende: «Pero la mayoría de los otros países no tienen ese pasado. Sin embargo, según la encuesta, también ellos temen los efectos de un mercado que podría llegar a ser incontrolable. En esa situación se encuentran aún los países más vinculados al liberalismo».

Podemos ver cómo un francés se permite una libertad en los comentarios que no encontraríamos en un diario estadounidense. Dado que arriesga pensar: «La crisis financiera actual [2007/8] podría confirmar sus miedos. En todo el mundo, los bancos no tomaron precauciones suficientes contra riesgos posibles. El mercado no pudo desempeñar su función de alertar al respecto». Podríamos pensar que el mercado “ha alertado” respecto de una crisis que está adquiriendo dimensiones de catástrofe, pero los medios no reflejan la realidad de la situación financiera internacional. Para tranquilizar, un poco, la conciencia de sus lectores agrega: «Por el momento, los bancos centrales salieron al rescate. Es demasiado pronto para decir si su acción bastará para evitar lo peor. Pero gobiernos más poderosos habrían sido más efectivos».

Uno de los aspectos más conflictivos de la situación actual, que no es más que el agravamiento de prácticas no del todo santas, tal vez algo ilegales, o podrían ser realmente fraudulentas, en el manejo de los flujos de capital están poniendo de manifiesto que se pasó la raya...

\*\*\*\*\*

## *Un alto en la huella*

Hemos sometido el pensamiento a un intenso galopar, por ello pide un resuello para recuperar el aliento y poder seguir el camino. No es poco lo que nos hemos exigido a lo largo de estas páginas en el intento de encontrar un poco de luz que nos guíe por tal compleja problemática. Tal vez, las expectativas creadas al comenzar esta búsqueda no han hallado la satisfacción esperada. Es posible que un cierto aire de frustración nos esté envolviendo. Por eso este alto en la huella no indica un final de camino, sino tan sólo un tiempo para madurar todo lo leído y pensado. Casi me atrevería a decir que se nos presenta un tiempo de maceración que decante, resuma, concentre y al mismo tiempo deje escurrir aquellos aspectos que no contribuyen a esclarecer la esencia de los propósitos iniciales.

Se abre un tiempo de reflexión, de volver a recorrer parte del camino que ha quedado atrás, de repensar muchas de las cosas vistas con el ánimo preparado para una nueva crítica, en un proceso de retamizar lo pensado. Y, recién después, quedarse con las ideas que se presenten como indudablemente recuperables en la línea de una economía humana. De modo tal que pueda incorporarse a un pensamiento que coloque en el centro lo más humano de lo humano, que incluya *a todo el hombre y a todos los hombres*. Una ciencia que, aunque no esté en nuestras manos construirla, al menos tengamos claro qué es lo que no debe tener y lo que no debe pensar e intentar.

Como dice con tono indignado Jauretche: «¡Porque hay que ser completamente irresponsable para proponer para el país lo que se cuidarían bien de hacer en sus propios negocios! Pero esto es típico de la mentalidad colonialista: prescindir del conocimiento de la propia realidad para aplicar soluciones ajenas y tener en menos la capacidad de propios, que por lo menos saben algo del país, siempre más que los importados». Pero no debemos olvidar que en esta tarea es mucho lo que ya se ha trenzado y se lo sigue haciendo. En el campo se dice que para hacer bien un lazo hay que detenerse en lo mal trenzado, deshacer y volver a trenzar. Esta, me parece, es una de las posibles conclusiones que se nos van presentando. Que, tal vez, parezca pobre ante tal fárrago de papel escrito y leído, pero saber ver lo que está mal es una muy buena manera de empezar a hacer lo que nos parece bien.

El maestro dice *irresponsable*. Será eso o, por el contrario, serán *responsables* y hasta *culpables* algunos de ellos respecto de lo que dicen, escriben y hacen. La irresponsabilidad podría ser perdonable, porque sería la acción de quien no mide las consecuencias de lo que hace. Pero, cuando uno da vuelta la cabeza y ve las barbaridades realizadas en nuestro país y a quienes fueron los que las hicieron nos sube un sentimiento de bronca. Porque muchos de ellos hicieron las cosas con toda conciencia de para qué las hacían, porque no fueron otra cosas que delincuentes, y hasta traidores a la Patria. Y esto no puede tener perdón.

\*\*\*\*\*

## *Desensillar hasta que aclare*

Creo que gran parte de la economía que se estudia se parece a lo que Jauretche decía del Derecho Público: «éste es uno de los tantos productos de importación, reproducido de otros países tomados como modelos y adoptado como un traje de confección al que el país no ha podido acomodarle el cuerpo. Sirvió en cambio para acomodar el país al tipo de economía colonial». Es claro, la economía necesita un derecho público que le garantice *su modo de desarrollarse*. *La sagrada propiedad privada que priva a la inmensa*

mayoría de acceder a ella, requiere un soporte jurídico. Por ello pensar las doctrinas económicas sin su correlato jurídico me parece una de las tantas zonceras de las que nos habla el maestro.

Después de haber descrito una gran cantidad de *zonceras* que son más frecuentes porque constituyen la finalidad última de todas. «A través de la lectura de las *zonceras* anteriores fácil le habrá sido al lector percibir que todas son *zonceras* preparatorias, desde que están destinadas a estructurar el país como una prolongación de la metrópoli; su objeto es formar una mentalidad colonial y el objetivo de las colonias, particularmente de las semicolonias de la economía, es su aprovechamiento material. La colonización económica va acompañada de la "colonización pedagógica"».

Jorge Abelardo Ramos<sup>51</sup> (1921-1994) completaba diciendo: «En las naciones coloniales, despojadas del poder político directo y sometidas a las fuerzas de ocupación extranjera, los problemas de la penetración cultural pueden revestir menos importancia para el imperialismo, puesto que sus privilegios económicos están asegurados por la persuasión de su artillería. La formación de una conciencia nacional en ese tipo de países no encuentra obstáculos, sino que, por el contrario, es estimulada por la simple presencia de la potencia extranjera en el suelo natal. Pero en la semicolonía, que goza de un *status* político independiente decorado por la ficción jurídica, aquella *colonización pedagógica* se revela esencial, pues no dispone de otra fuerza para asegurar la perpetuación del dominio imperialista, y ya es sabido que las ideas, en cierto grado de su evolución, se truecan en fuerza material».

¿Cuáles son los pasos que se dan? Nos contesta Jauretche: «Falsificar la historia, achicar la extensión, dividir ideológicamente con planteos ajenos a la realidad, crear intereses vinculados a la dependencia y dotarlos de un pensamiento acorde, controlar el periodismo y todos los medios de información, manejar la cátedra, elaborar o destruir los prestigios políticos o intelectuales o morales, y orientar toda la enseñanza, disminuir la fe en el país y en sus hombres, proponer modelos imposibles y ocultar los posibles, son las variadas técnicas de esa colonización para que la semicolonía no se independice y construya su economía en razón de sus verdaderas posibilidades que la llevan a la liberación. Constituyen la técnica de esa "colonización pedagógica" que precisamente en función de su dominio económico posee y maneja el instrumental de la cultura para que necesariamente el gobierno caiga en manos de los equipos técnicos y los grupos de intereses que cumplen la función cipaya<sup>52</sup>».

Puede ser que en este desensillar, recostados al pie de un árbol, mirando el firmamento estrellado, recuperemos la serenidad cósmica que sintonice nuestro pensamiento con el ritmo de lo natural. Tal vez, podamos de este modo colocarnos en una dimensión del tiempo que no nos corra con las urgencias propias del ritmo de las urbes. Este problema no puede ser resuelto por nuestra generación. Pero ello no debe impedir que preparemos el campo para los que vengan después de nosotros a sembrar el pensamiento nacional sobre terreno fértil. Todo un pueblo, más nuestros hermanos de América lo necesitan y lo esperan de nosotros.

\*\*\*\*\*

## *Esperando el amanecer*

---

<sup>51</sup> Fue un político, historiador y escritor argentino, creador de la corriente política e ideológica llamada la Izquierda Nacional.

<sup>52</sup> En el Imperio Británico, se conocía como cipayo a un nativo de la India reclutado como general al servicio del poder europeo, normalmente del Reino Unido, pero también extendido su uso a todos los ejércitos coloniales.

La noche, el cielo estrellado, el silencio, nos va inundando de un paz merecida. Pero ello, si bien es necesario y saludable, no alcanza para seguir avanzando. Sin embargo, no debemos desaprovechar esta paz para comenzar a intuir, adivinar en el horizonte, escudriñar en el tiempo, el amanecer que nos está prometido. Lo que hemos llegado a saber es alguna de las cosas que ya no sirven y es necesario tenerlas presente. Una de ellas, y no la menos importante, desactivar en el razonamiento del *automatismo* del mercado, casi diría la *sacralidad* que lo rodea. Porque reside allí la enorme dificultad de *ponerlo en cuestionamiento*.

Ya quedó dicho que el modelo de la física incidió notablemente en la necesidad de pensar la realidad como un mecanismo casi newtoniano, con sus leyes rigiendo las causalidades y las consecuencias. También la noción de “punto de equilibrio” como meta a buscar, aun a sabiendas de su inalcanzable posibilidad. Pero *equilibrio* es un concepto de la *materia inerte*, como también lo es el de *mecanismo* o el de *automatismo*. La vida, por el contrario es permanente desequilibrio, puesto que de lo contrario no habría desarrollo biológico, lo que equivale a la muerte. La sociedad es vida, vida en comunidad, relación, comunicación, por lo tanto apertura a lo nuevo, a lo inesperado. Así, el futuro es el acontecimiento de lo no previsto, puesto que de no ser así no habría libertad, vida humana plena.

De allí que Juan Carlos Scannone<sup>53</sup> (1931- ) proponga como condición de un pensar desde el hombre «la superación del mito moderno de la “megamáquina”, es decir, de los sistemas económicos y burocráticos que, entendiendo la racionalidad en forma weberiana, han “colonizado” el mundo natural, social, cultural, de la vida humana». Esto implica un «cambio global de paradigma en la comprensión misma de la razón económica tanto en la praxis como en la ciencia». Para una mayor claridad sigue señalando «diferentes rasgos de la racionalidad moderna: la liberación de la economía, la penetración economicista de los mundos del trabajo y de la vida, la democratización del Estado, la burocratización de la sociedad y su impregnación por la racionalidad científica».

Hasta entonces, el mundo premoderno, la economía local y el mercado interno eran una sola unidad de práctica y de comprensión atada a la moral comunitaria. La “gran transformación” consistió precisamente en la separación de mercados interrelacionados por conductas normativas, invadidos por prácticas que comenzaron a prevalecer en los mercados internacionales. Éstas irrumpieron en los mercados locales dislocando su coherencia normativa interna. Dice nuestro autor: «Es así como la racionalidad del sistema económico, funcional, técnica y calculadora se separó de la razón práctica, ética, jurídica y política. La sociedad “de mercado” se autonomizó de la comunidad normativamente integrada; el valor de cambio (mercado) tendió a sustituir al valor de uso (mundo de la vida) y aun a los valores de sentido. Y así el mundo del trabajo se distanció cada vez más del mundo de la vida».

La ciencia, que se fue conformando a partir de estos cambios, convalidó el *supuesto mecanismo neutral* del mercado, postuló la *avaloratividad* de su conocimiento y se abroqueló alrededor de *esas verdades* convertidas en *doctrina*. La Academia le dio rango científico: ¡Con Ustedes, la Economía! Al repensar todo ello debemos recuperar un nuevo punto de partida: la vida humana. Nacerá, entonces, una nueva ciencia.

---

<sup>53</sup> Licenciado en Filosofía por la Facultad de Filosofía de San Miguel, Argentina; Licenciado en Teología por la Universidad de Innsbruck, Austria; Doctor en Filosofía por la Universidad de Munich, Alemania, profesor en varias universidades argentinas y del exterior.